

# LEONARDO DE VINCI



LOS GRANDES HOMEBRES

**LEONARDO  
DE VINCI**

# OBISPADO DE BARCELONA

---

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Dr. Joaquín Sendrá Pastor

Canónigo

---

Barcelona, 14 de Mayo de 1926

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excla. Ilma.

Dr. Francisco M.<sup>a</sup> Ortega de la Lorena

Canciller Secretario

29-150

# LOS GRANDES HECHOS DE LOS GRANDES HOMBRES

---

## VIDA GLORIOSA DE LEONARDO DE VINCI

POR

J. POCH NOGUER

Con ilustraciones de OCHOA

29.108



Publicado por la Casa Editorial ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, N.º 392 :: BARCELONA



LOS GRANDES HECHOS DE  
LOS GRANDES HOMBRÉS

VIA GLORIOSA DE

LEONARDO  
DE VINCI

---

Es propiedad del Editor.

---

J. POCH NOGUER

Editorial de OCHOA

92108



Publicado por la Casa Editorial ARALUCE  
Calle de las Cortes, 10 - BARCELONA

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>I.-La infancia de Leonardo . . . . .</i>	<i>11</i>
<i>II.-Primeras ilusiones . . . . .</i>	<i>19</i>
<i>III.-Discípulo de Varocchio . . . . .</i>	<i>31</i>
<i>IV.-Leonardo, descubridor de la navegación aérea. . . . .</i>	<i>47</i>
<i>V.-Leonardo, creador del arte moderno . . . . .</i>	<i>67</i>
<i>VI.-El desastre del Cenáculo . . . . .</i>	<i>85</i>
<i>VII.-En Florencia . . . . .</i>	<i>107</i>
<i>VIII.-Leonardo y Miguel Ángel . . . . .</i>	<i>121</i>
<i>IX.-La cuesta del calvario . . . . .</i>	<i>131</i>

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

<i>Leonardo en su apogeo . . . . .</i>	<i>Frontis</i>
	<u>Páginas</u>
<i>...contemplaba ensimismado el carro... . . . .</i>	<i>27</i>
<i>...y allí recostado, puestos los ojos... . . . .</i>	<i>30</i>
<i>—Estoy a vuestra disposición—... . . . .</i>	<i>45</i>
<i>Tenia ojos azules, de mirada... . . . .</i>	<i>61</i>
<i>...el fundamento del aeroplano... . . . .</i>	<i>74</i>
<i>...comenzó el retrato de la Gioconda... . . . .</i>	<i>131</i>
<i>—¡Ah Síre!—exclamó Vinci... . . . .</i>	<i>159</i>
<i>Os escucho con la atención... . . . .</i>	<i>172</i>



## PRÓLOGO

Vais a leer, queridos niños, la historia de un hombre que fué genial en las artes, sabio en las ciencias, y consiguió inmortalizarse por su talento, su inspiración y su fuerza de voluntad.

Leonardo de Vinci personifica la lucha del individuo contra los obstáculos y prejuicios, con la energía, la razón y la prudencia por todas armas. Fué virtuoso, constante, desinteresado, y no le faltó nunca apoyo, cuando no en los demás, en sí mismo. Guióse siempre por la serena luz del buen juicio, no desmayó jamás y repudió todo éxito a costa de claudicaciones. No quiso



en ocasión alguna comprometer su porvenir a trueque de fáciles triunfos que otorgan una gloria efímera. No desdeñó a nadie, y cuando se sentía desdeñado sabía sobreponerse a mezquindades y aguardar la reivindicación, que nunca falta a quien tiene la virtud por norte.

Aprended del que llegó al mundo sin más medios que cualquier hijo de padres pobres y supo ganarse la admiración de sabios, artistas y soberanos. Miraos en el espejo de este genio inmortal que supo apreciar lo que vale el estudio.

Cuando Leonardo nació, arte y ciencias pugnaban por resurgir después de un eclipse de muchos siglos. El les dió nuevas normas y puede decirse la iniciación del despertar de la inteligencia, que señaló el final de la Edad Media y culminó en el período del Renacimiento.

Salió airoso de todas las pruebas; sufrió con resignación todos los fracasos; no le contaminaron las plagas morales de su épo-

ca; se hizo superior a sus tiempos y puso a contribución todo su talento y buena voluntad para mejorarlos.

Fué el creador del arte moderno y el precursor de la ciencia contemporánea. Se ha llegado a afirmar que la verdadera ciencia nació con él.

Leed y medidad, queridos niños. La biografía de Leonardo de Vinci es la lucha de todos los tiempos y el estímulo de cuantos anhelan dejar algo perdurable en este mundo.

J. P. N.



## LA INFANCIA DE LEONARDO

### I



LEONARDO vió la primera luz en Vinci, aldea de la Alta Toscana, la hermosa región de Italia. En una de las estribaciones del Monte Albano, rodeado de bosques de abetos, cercano a Florencia y en medio de una vega florida, en la que cabrillean con diamantinos reflejos las claras aguas del Arno, está enclavado este rústico lugar, en una de cuyas míseras casuchas, lo mismo que nacen los humildes pastores, vino al mundo, en el año 1465, el que había de ser uno de los más formidables propulsores de esa gran expansión científica y artística que al finalizar la Edad Media floreció en Italia y se propagó por Europa, constituyendo el Renacimiento.

Por azares del destino nació en aquel lu-



gar, pero era hijo de un notario de Florencia. Circunstancias de familia le obligaron a vivir lejos de su padre, al cuidado único de sus abuelos.

Así que tuvo la edad de la comprensión, sintió anhelos de compensar la soledad que le rodeaba, avasallando su alma un afán de abismarse en la amorosa contemplación de las bellezas de la Naturaleza, que Dios, con mano pródiga, derramara en aquella tierra privilegiada.

En sus largos paseos solitarios, contemplando las montañas ingentes, el cielo radiante, el sol fascinador, la vega espléndida, Leonardo, con los ojos desmesuradamente abiertos como para observar tanta hermosura, se preguntaba el por qué de las cosas. El niño quería saber ; le aguijoneaba una curiosidad devoradora ; anhelaba rasgar el velo de lo impenetrable ; sentía germinar en lo más íntimo de su ser la noble impaciencia de llenar el vacío de la ignorancia por la instrucción y el estudio. Por esto, cuando asistía a la escuela, estaba pendiente de los labios del maestro, afanoso de que se disipasen las brumas que, a pesar de toda

su buena voluntad, entenebrecían su inteligencia.

Pero su afán no se calmaba. Avido de bucear en la entraña de las cosas, ni las enseñanzas elementales de una escuela rural podían darle satisfacción, ni quizá en otras más elevadas habría podido tampoco encontrarla. Lo que no se ignoraba entonces se sabía mal o incompletamente.

Deseaba beber en los borbotones del manantial de la sabiduría, y estaban secas las fuentes.

Pero constante en todas ocasiones, nada era capaz de desanimarle, y el temple de su espíritu corría parejas con su sensibilidad.

Hacíanle temblar de indignación todas las vejaciones, hasta el extremo de que los animalitos indefensos le inspiraban los más tiernos sentimientos.

En cierta ocasión encontró a unos grandullones que se disponían a matar a un topo, y apiadado de la bestezuela se lanzó a quitársela de las manos. Cayó derribado, le pisotearon, y en el suelo quedó mientras los otros huían haciéndole mil mofas. Pero se

dió por contento al ver que el topo había huído, poniéndose a salvo.

Acusado de haber promovido una pendencia, y sin conseguir que le escuchasen ni mucho menos prestar atención a sus explicaciones, le encerraron en castigo de haberse peleado.

Comprendió la iniquidad, pero por todo desquite se prometió luchar con más ahínco aún, por la razón y la justicia.

¡Meditad, juiciosos adolescentes, en las hermosas enseñanzas que se desprenden de este episodio de la niñez de Leonardo!

Cuando comenzó a escribir lo hizo con la mano izquierda, la costumbre arraigó con el hábito, y como en aquella época supersticiosa el ser zurdo estaba considerado como señal de brujería, el vulgo tejió alrededor de la ingenua persona de Leonardo una disparatada leyenda. Una anciana llegó a asegurar que la cabra que le había amamantado estaba enbrujada, y el pobre niño concluyó por ser mirado con espantoso desdén por las gentes de la aldea.

Pacientemente sufría tales vejámenes, pero nunca pasaron por su mente ideas de



venganza. Abismábase cada vez con más afán en la contemplación de todas las manifestaciones de la Naturaleza, como inquieta mariposa ansiando quemar sus alas en la luz de la sabiduría.

Deslumbrábanle los juegos de colores en las espumas de las cascadas ; ensimismábase en la blancura inmaculada de la nieve que vestía de armiño las montañas ; presenciaba intrigado cómo los arácnidos hilaban sus vaporosas telas entre las ramas de los pinos ; preguntábase por qué el hielo flota en las aguas, en lugar de irse al fondo ; y el afán de inquirir las causas de todos los fenómenos naturales no cesaba de acuciarle.

Acertó a pasar una vez junto a un terreno acotado para edificar, en el cual iban a construir una suntuosa «villa».

Aquello que a un muchacho superficial apenas le hubiese llamado la atención, despertó en él un interés tan apasionado, que hizo de aquel lugar su paseo favorito.

Sin perder detalle, presenciaba extático cómo los albañiles, en su rudo trajinar, abrían los cimientos, montaban los andamios, y alzaban luego muros y tabiques.



De un yermo y unas pilas de piedras y cemento, surgía algo perfecto que creaba el hombre con su talento. Entonces debió comprender que la sola observación es incompleta si no la acompaña una facultad creadora.

La insistencia con que observaba el curso de las obras hizo que el arquitecto, un florentino, llamado Blas de Rávena, se fijase en él, y chocándole tan inusitada curiosidad, acercóse al muchacho con deseos de tratarle.

Prontamente se estableció un vivo afecto entre los dos, y, adivinando el arquitecto las dotes del niño, se convirtió en su maestro, dándole a conocer rudimentos de aritmética, mecánica y geometría.

El propietario de aquella magnífica «villa» era un acaudalado mercader florentino, llamado Rucellai. Blas de Rávena presentóle al muchacho, y aquél le concedió permiso para que entrase libremente en el parque cuando quisiera.

Alborozado con aquella concesión, pasábase horas enteras en los jardines, contemplando los estanques, con sus cisnes y sus

isletas ; la colección de aves ; las exóticas plantas que bordeaban los senderos. Hacía mil preguntas sobre cuanto veía, y por fin consiguió los primeros atisbos de aquellos secretos de la Naturaleza, que en vano había intentado descubrir hasta entonces.



PRIMERAS ILUSIONES. — ANGUSTIAS  
EN FLORENCIA.—DISCIPULO DE  
TOSCANELLI

71



RA una noche de últimos de septiembre. Brillaba la luna como una lámpara de plata, y la aldea de Vinci parecía dormir en el regazo de su campiña.

Subían del valle azulinos resplandores, y a lo lejos, casi confundidos con el aterciopeado matiz del horizonte, albeaban las primeras nieves en los picachos de los Apeninos.

La espléndida «villa» de Pandolfo Rucellai estaba situada en los alrededores de la población, algo más allá del recinto fortificado.

Era la residencia veraniega de sus opulentos propietarios, y éstos pasaban en ella



la época de los fuertes calores, con escogidas amistades de la ciudad y en trato constante con los señores de los contornos. El mercader florentino gozaba a la sazón del mismo predicamento que el noble de rancia estirpe.

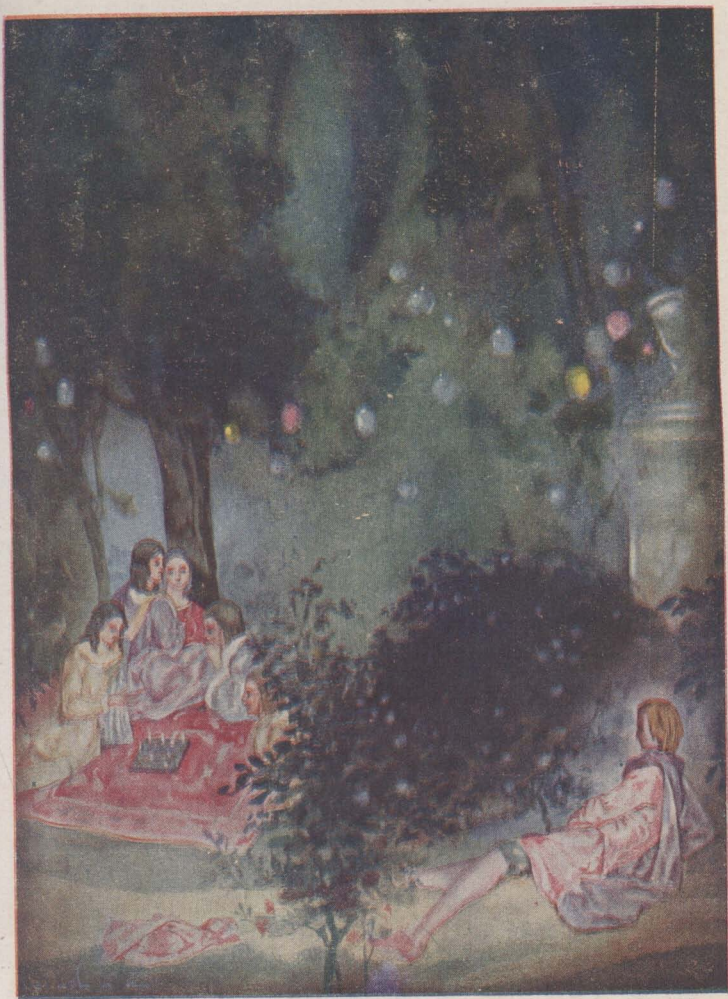
Aquella noche la «villa» era un hormiguero. Los Rucellai regresaban al día siguiente a Florencia y celebraban una fiesta de despedida.

Estaban los invitados en una amplísima plazoleta del parque, reunidos por grupos.

Damas y caballeros, sentados en blandos cojines, entreteníanse conversando y jugando a los huesos y al ajedrez, sobre artísticas alfombras. Los jóvenes se divertían asimismo, unos jugando a la gallina ciega, y otros narraban cuentos e historietas.

Brillaban en los árboles innumerables lamparillas de aceite en vasitos de colores, según la moda veneciana, que bañaban con atenuada y polícroma luz a los alegres circunstantes.

Todo respiraba alegría aquella noche en la «villa». Sólo en el semblante de un joven-



... contemplaba ensimismado el corro...





cito, apartado de todos, se transparentaba la tristeza. Era Leonardo.

Sentado tras un macizo de vegetación, sin que nadie le echase de menos, contemplaba ensimismado el corro de los jóvenes narradores. Sus azules ojos se dirigían con insistencia a una jovencita, que, como él, no contaría más de quince años. Era de una singular belleza. Tenía el cutis ligeramente sonrosado; rostro correctísimo; nariz de pura línea helénica; despejada frente; cejas de arqueado perfecto. Caíale la negra cabellera en sueltas ondas, como adecuado marco a aquel armónico conjunto. Con las manos plegadas en la falda, sonreía cándorosamente, con expresión en la que se transparentaba una honesta y sutil ironía.

El muchacho parecía pasmado, fijos sus ojos en los de aquella niña encantadora. Ella, ajena a la tenaz y fervorosa contemplación, ni parpadeaba, con el oído atento a las divertidas historietas de los narradores.

Iba transcurriendo agradablemente la velada, con risas, luces, flores y juegos, cuando micer Rucellai dió por terminada la primera parte de la fiesta, invitando a los ob-



seguíados a pasar al comedor, donde les aguardaba una cena que hacía honor a la esplendidez del anfitrión.

Pronto en los solitarios jardines quedó Leonardo únicamente. Y allí permaneció, con las flores y las luces, pero sin las risas ni las alegrías, que no parecían haberse hecho para que él las disfrutase.

Largo rato permaneció absorto. Nada le inquietaba ni le impelía a dejar aquel sitio. ¿Para qué? Demasiado le constaba que a nadie, entre tantos reunidos, interesaba lo mínimo su persona.

Con el alma seguía viendo el hermoso rostro de la damita, y veía sus ojos, su singular sonrisa.

¿Qué sentía? No acertaba a descifrarlo. De pronto recordó que al día siguiente abandonaría ella la aldea, quizá para no volver más.

Bajó la vista con amargura, escondió el rostro entre las manos, y se apoyó dolorosamente en una roca contigua.

Oyóse una música. Un ruiseñor trinaba junto a uno de los estanques, y trinos y

acordes se confundían con alegres risas en el lado opuesto del parque.

Había terminado la cena y daba comienzo al baile.

Las polícromas luces de los vasitos iluminaban con suave claridad a Leonardo, que, olvidado de todos, parecía petrificado, de bruces sobre la roca.

\* \* \*

Al día siguiente, por la tarde, micer Rucellai y los suyos, con la hermosa niña y sus allegados, abandonaban la «villa» para regresar a Florencia.

Acompañáronles un trecho algunos de sus amigos, y al llegar a un paraje donde la carretera descendía hacia el valle, más allá del rellano de la aldea, se despidieron. Tan luego como quedó el camino solo, salió Leonardo de detrás de un macizo de árboles donde se había ocultado para verles partir.

Avanzó tras el borde de la carretera y se detuvo, contemplando cómo se alejaban. Acongojado por la marcha de aquella joven-cita, que, sin haberla hablado nunca, causara tan profunda impresión en su alma,

miraba la grácil silueta esfumada entre los acompañantes.

El cortejo fué borrándose poco a poco a sus miradas, hasta que la distancia lo esfumó, confundiéndolo con los claros y pinares.

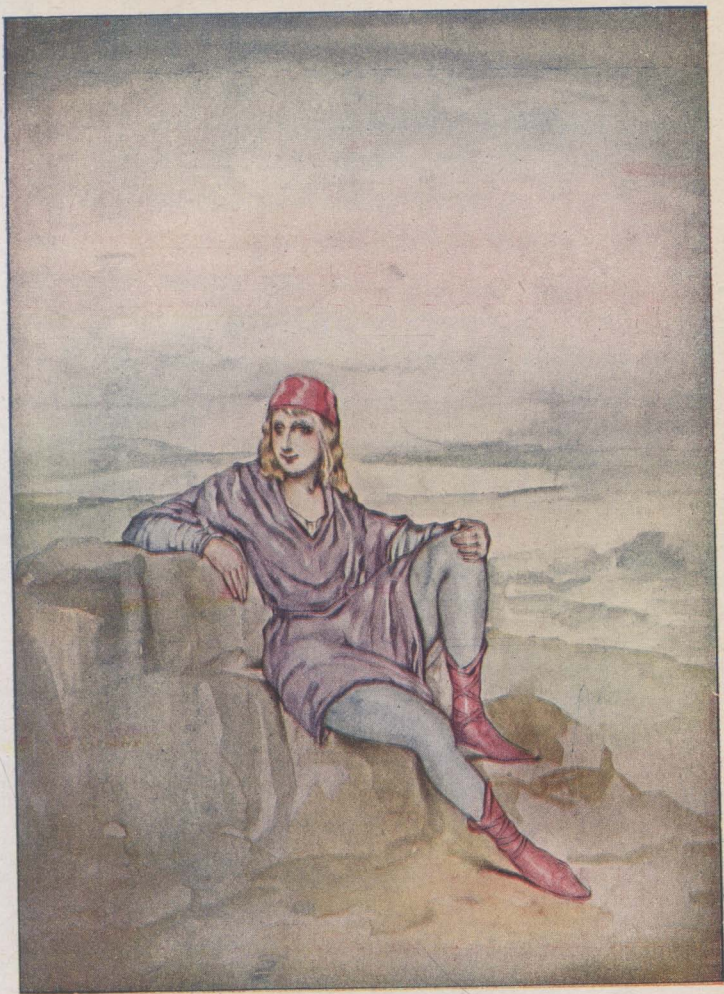
Leonardo, rindiéndose al desbordamiento de su sereno dolor, dejóse caer sobre el césped, y allí recostado, puestos los ojos en el azul del cielo, límpido y sereno como la mirada de aquella niña que partía, dejó volar sus pensamientos por las regiones del ensueño...

¡Soñar! ¿Qué otro recurso le quedaba? Soñar en lo imposible, porque Florinda—nombre de aquella niña—, era una riquísima heredera. Habían fallecido sus padres, y habitaba con sus tutores en un castillo en las lejanías de la Romaña.

Riqueza y ausencia se conjuraban contra él, levantando una valla insuperable entre los dos.

¿Por qué había sido tan tímido, no habiéndole una vez siquiera cuando la bella niña contemplaba los cisnes en el estanque, mirándose en la rizada superficie? Ya no re-





... y allí recostado, puestos los ojos...





flejarían más el hermoso rostro aquellas aguas.

Quizá le habría escuchado sin desdeñarle, y él, que nunca había tenido amigos, habría logrado con ella una compañerita para confiarle sus ansias y sus cuitas. Ahora, al perderla, sentía una nostalgia tan grande, que se le antojaba gris el horizonte, tenebroso el bosque, y de una soledad insoportable aquellos campos y caminos. ¿Qué podía hacer? Ya no tenía remedio.

Y levantándose tristemente, emprendió el regreso a su casa.

No tardó en darse cuenta de que ya no podría permanecer más en la aldea sin peligro de enfermar de nostalgia.

Escribió a su padre, solicitando que se lo llevase consigo a la capital, y aquél atendió su ruego.

Un día de otoño, melancólico y gris, abandonó aquellos lugares.

Antes de partir quiso despedirse del jardín de la villa de Rucellai.

Parecióle que vagaba, flotando sobre las flores, la dilecta imagen; sonriendo como

la noche de la fiesta en aquellos mismos lugares.

Caminando maquinalmente, llegó al estanque de los cisnes. Las verdosas aguas, en las que el viento arremolinaba las hojas secas, eran opacas, y en lugar de retratarse en ellas el rostro de Florinda, estaban empañadas por el encapotado cielo.

Marchó de allí suspirando. Sus pasos crujían sobre la arena; desde los árboles esqueléticos caían, bailoteando, las postreras hojas.

Aquello le pareció un símbolo. Hoja al viento era también, y del lugar donde naciera se alejaba.

\* \* \*

Cuando Leonardo entró en casa de su padre, pareció que al fin le sonreía la felicidad. Todos le acogieron con agrado, y su propia madrastra, con sincero cariño.

Sin embargo, la desgracia que había sido su constante azote, no se resignaba a olvidarle. Falleció la esposa de su progenitor, y éste volvió a casarse.

La nueva madrastra tuvo hijos y comenzó a despreciar a Leonardo. En el sensible co-



razón del niño causaban hondo dolor los malos tratos de aquella mujer, a cuya tiranía se doblegaba dócilmente el autor de sus días.

Nadie tomaba su defensa, y, abismado en su amargura, pensaba en aquellas hojas secas a merced de las rachas del viento. ¡ Con qué nostalgia recordaba los días de Vinci !

¿ Qué partido tomar ? ¿ Volver allá ? Encontraría tierras y casas tal como las había dejado, mas esto no bastaría a llenar su vida. ¿ Dónde estaban los seres que podían mitigarle sus penas ? Su abuelita que tanto le había defendido cuando todos le desdeñaban, bajo tierra dormía en la paz del Señor el sueño eterno.

¿ Podía renunciar al estudio, a su afán de aprender ? ¿ Podía confinarse en aquellas montañas, dándose por vencido irremediablemente ?

Y aquella Florinda, cuyo rostro seductor con su sonrisa hechicera veía a todas horas con el alma, ¿ debía renunciar para siempre a ella ?

Si se había hecho el propósito de llegar a hombre de fama para marchar adonde es-



tuviese, allá en la remota Romaña, y poder dirigirle la palabra sin temor de pasar por ridículo y atrevido, no debía desmayar.

Meditó friamente, y tomó una resolución.

Tenía noticias de que habitaba en Florencia un sabio llamado Pablo del Pazzo Toscanelli, famoso tanto por su saber como por la protección que dispensaba a cuantos llegaban a su presencia con ansia de saber y buena voluntad. Por su parte, infatigable en sus estudios, había leído trabajos de aquel hombre de ciencia, sobre matemáticas, geografía, astronomía y ciencias naturales.

Una noche salió decidido de su casa y fué a la del sabio.

Toscanelli recibió atentamente a aquel mozo sediento de aprender. El eximio científico—que había de ilustrar años después a Cristóbal Colón con su célebre carta—, adivinó las excelsas cualidades de Leonardo, brindóle protección, e hizo de él su discípulo favorito.

Transcurrieron algunos años. Leonardo continuaba viviendo con su padre, pero se pasaba la mayor parte del día en casa de Toscanelli.

Por fin se había descorrido para el aprovechado mozo el velo de tantos fenómenos como en su niñez le habían intrigado, intentando en vano arrancar la explicación a la propia Naturaleza.

Cierto día sorprendióle su padre dibujando, y en otra ocasión modelando figurillas de barro.

Entonces, Pedro de Vinci tuvo la visión exacta del genio de su hijo. No quiso que se malograra y presentó el muchacho al famoso pintor Andrés Varocchio, íntimo amigo suyo. El porvenir del artista quedó trazado, y vió abrirse ante él un sendero que conducía a una cumbre radiante : ¡ la gloria !



**DISCÍPULO DE VAROCCHIO.—AL SER-  
VICIO DE LUIS EL MORO, DUQUE DE  
MILÁN. — PRIMERAS OBRAS PICTÓRI-  
CAS Y DE INGENIERÍA.—EL CAVALLO  
Y EL CENÁCOLO**

**III**



N aquellos tiempos los maestros pintores y sus discípulos vivían juntos, formando como una familia. Estos pagaban un estipendio, ayudaban al

maestro en la ejecución de las obras, y las ganancias se destinaban a un fondo colectivo.

En estas condiciones entró Leonardo en el estudio de Varocchio, el magnífico pintor que inició la escuela renacentista.

Con ardoroso entusiasmo se dedicó al trabajo, y su primera obra fué un ángel que pintó en un lienzo del maestro, representando «El bautismo de Jesucristo».



Después pintó un cartón para tejer un tapiz que los florentinos regalaban al rey de Portugal, cuyo asunto era «El Primer Pecado».

En esta obra reveló ya el joven Leonardo la originalidad de su arte; la figura del diablo se apartaba en absoluto de las normas seguidas hasta entonces en obras semejantes. En lugar de un rostro repulsivo y terrorífico, tenían sus facciones una delicadeza casi femenina, en la que se transparentaba la páfida astucia con que la Sagrada Escritura presenta a la serpiente.

En 1481 pintó «La Adoración de los Reyes», para las monjas de S. Dionisio en Scopeto. En este cuadro demostró poseer un profundo conocimiento de la anatomía humana, y supo expresar como nadie los sentimientos de los personajes, por medio de las actitudes. La Virgen aparece sentada sobre una roca, debajo de un olivo, sosteniendo en sus brazos al Salvador del Mundo, cuya mirada clarísima e ingenua irradiaba su luz celestial sobre los Magos que le ofrecen oro, incienso y mirra.

Esta fué su última producción en el taller

de Varocchio. Sintiéndose con fuerzas para luchar por sí solo, montó un estudio propio en la misma ciudad de Florencia.

Lorenzo el Magnífico, el egregio protector de artistas, regía entonces los destinos de la República ; noticioso del valer de aquel joven, quiso protegerle ; pero Leonardo no sufría en materia de arte sugerencias de nadie, y, temiendo verse supeditado a las exigencias de Lorenzo, rehusó políticamente la protección.

Obedeciendo poco después a su impulso de luchador, con ocasión de hallarse en Florencia unos enviados de Kay-Bey, sultán del Cairo, entró en tratos con ellos, para ofrecer sus servicios como ingeniero al diodaro de Siria.

Ocurrió entonces una variante en la vida de Leonardo, que le abrió otras puertas tan valiosas como las de Lorenzo de Médicis, sin que tuviese necesidad de expatriarse.

A pesar de sus ocupaciones como pintor, no relegaba la práctica de los demás conocimientos que poseía, e inventó un laúd con muchas cuerdas, en forma de cráneo de caballo.

Antes de despedirse de Lorenzo el Magnífico, quiso mostrarle aquella prueba de su ingenio. Aquél la encontró tan original, que le ofreció recomendar el singular instrumento a Luis el Moro, duque de Milán, aficionado a todo lo artístico y extravagante.

El duque contestó a su colega de Florencia, mostrando deseos de conocer al genial inventor.

Leonardo entonces partió hacia la corte de Luis el Moro, decidido a presentarse en la misma como artista y como hombre de ciencia.

\* \* \*

Transcurridos unos días, Luis el Moro—llamado así por el atezamiento de su rostro—, departía en su despacho con Ambrosio de Rosate, su astrólogo favorito.

Consultábale una carta que había recibido de Leonardo, anunciándole su llegada y enterándole de los conocimientos que poseía, por si era de su conveniencia utilizarlos. El escrito decía así :

''Habiendo, mi señor ilustrísimo, visto y considerado con detenimiento las pruebas de todos aquellos que como maestros y compo-



sitores se reputan de bélicos instrumentos, y que la invención y operación de los mismos en nada se apartan de lo corriente, me esforzaré, sin remover a ninguno, por hacerme entender de vucencia y ofrecirme a vuestro placer en tiempo oportuno, que soy capaz de llevar a cabo las siguientes cosas que brevemente anoto :

''Sé construir puentes ligerísimos, fuertes y aptos para ser llevados fácilmente y con ellos seguir y a veces huir de los enemigos ; y otros de fuego y batalla, fáciles y cómodos de levantar y poner ; y sé la manera de quemar y deshacer los de los adversarios.

''Sé en una tierra obsidional quitar el agua de los fosos y hacer infinitos puentes, gatos y escaleras y otros instrumentos pertinentes a dicha expedición.

«Item si por la naturaleza de los parapetos o por la fortaleza de lugar y sitio no pudiesen las bombardas hacer su oficio en el asedio, conozco el medio de destruir todo, roca o fortaleza, si no está fundado sobre piedra.

''Tengo modelos de bombardas que pueden arrojar piedrecillas menudas, a seme-



janza casi de una tempestad; y con el humo de ellas dar un gran susto a los enemigos, con grave daño suyo y confusión.

''Item sé la manera de hacer vías estrechas y subterráneas sin producir ruido, aunque fuese preciso pasar bajo fosos o ríos.

»Item haré carros cubiertos, seguros e inatacables, los cuales, penetrando por entre los enemigos con su artillería, no hay multitud grande de gentes de armas que no se dispersen. Y tras de ellos puede ir la infantería sin grandes riesgos ni impedimenta alguna.

''Item, si necesario fuera, haré morteros, bombardas o pasavolantes de bellísimas y útiles formas, fuera de uso común.

''Para donde las bombardas no puedan hacer su oficio, construiré catapultas, trabucos y otras máquinas de admirable eficacia, no conocidas y, en suma, según la variedad de los casos, inventaré varias e infinitas cosas para ofender y defender.

''Y cuando de estar en el mar se trate, sé hacer máquinas muy buenas para ofender y defender, y navíos que resistirán los proyectiles de las más gruesas bombardas.

''En tiempo de paz, creo que puedo ser tan útil como el primero en la construcción de edificios públicos y privados, y conducir las aguas de un lado a otro.

''Item haré una escultura de mármol, de bronce o de barro, lo mismo que en pintura, lo que pueda hacer otro, quienquiera que sea.

''Podría comenzar el Cavallo, monumento que será gloria inmortal y honor eterno de la feliz memoria de vuestro padre y de la ínclita casa Sforza.

''Y si alguna de las antedichas cosas pareciese a alguno irrealizable o imposible, dispuesto estoy a hacer experimentos en vuestra presencia, en el sitio designado por vuestra excelencia, a quien humildemente me recomiendo.—*Leonardo de Vinci*''.

—¿Qué os parece, mícer Ambrosio?—preguntó el duque de Milán, después de la lectura.

—Una sarta de desatinos—contestó el astrólogo.

—Quiero que tengáis una controversia con Leonardo en mi presencia. Está para

llegar, y me congratularé de que pongamos este negocio en claro.

—Tendré mucho gusto en dejarle anonado delante de vuestra excelencia.

Poco después entró uno de los ujieres, anunciando la visita del artista.

—Que pase inmediatamente—dijo el duque.

Entró Leonardo. Hizo una profunda reverencia y aguardó.

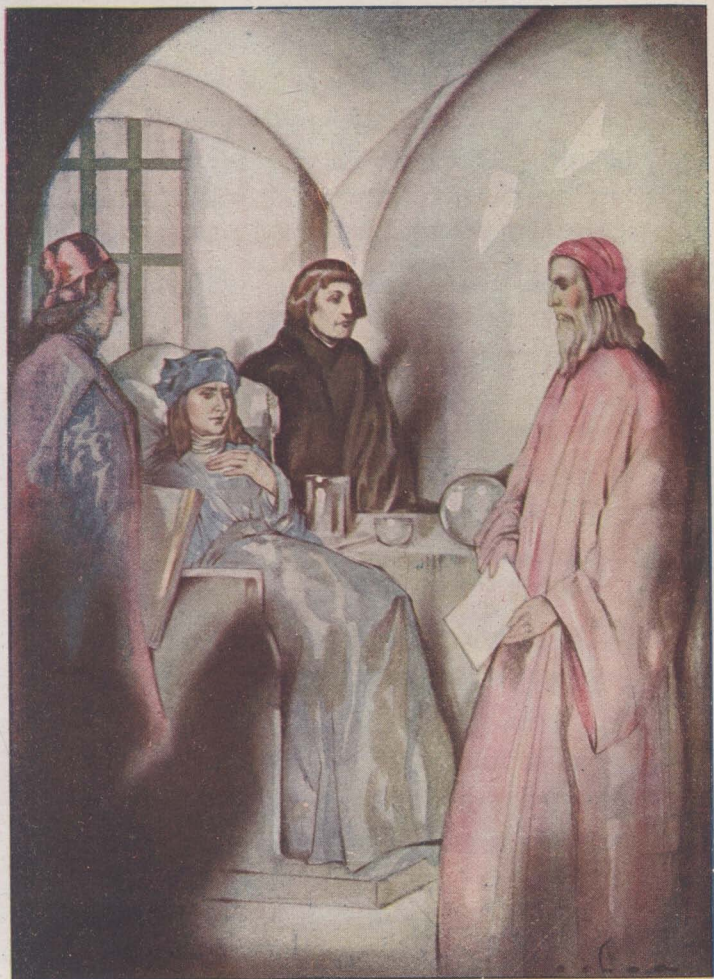
Vestía el célebre traje que han perpetuado lienzos y esculturas: brial negro con un manto de color rojo oscuro, de antiguo corte florentino, con amplias mangas, que le llegaban a las rodillas, y se tocaba con birrete de terciopelo, sin adornos.

—Sentaos, maese Leonardo—dijo el Moro—. Acabo de enterar de vuestra misiva a mícer Ambrosio de Rosate, aquí presente, hombre de ciencia como vos, y me ha significado que desea haceros algunas observaciones.

—Estoy a vuestra disposición—expresó el pintor.

—En primer lugar, maese Leonardo,—comenzó Ambrosio de Rosate—, lo que ha-





—Estoy a vuestra disposición.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

béis escrito en vuestra misiva no tiene ninguna novedad, a no ser el atrevimiento de exponerlo a un soberano. Hace más de un siglo que Roger Bacon escribió poco más o menos lo mismo en sus obras dirigidas a los alquimistas.

—¿Y qué?

—Que no hay nada absolutamente que pueda llevarse a la práctica.

—Ponga su excelencia, el señor duque, un laboratorio a mi disposición y demostraré lo contrario.

—Puedo argüiros ahora mismo,—replicó Rosate,—poniendo de manifiesto la imposibilidad de que consigáis salir airoso, a no ser con artes de brujería.

—Mícer, con vuestra dialéctica demostraréis cuanto os propongáis, pero prácticamente, quedaremos sin sacar nada en claro, como antes de comenzar. Este ha sido el mal de los siglos, desde que el mundo echó al olvido los métodos de que es preciso discutir después de haber hallado el fenómeno, y no entablar polémicas sobre hechos hipotéticos que nadie ha presenciado, por la razón de que sólo aparecen como resul-

tado de los discursos. Si he tenido el atrevimiento de ofrecer a su excelencia, el duque, lo que escribí, es porque lo experimenté antes. Sin embargo, me doy cuenta de vuestra manera de juzgar. Acostumbrado a referiros a las estrellas, que nadie puede subir a tomarlas por testigo, confundís vuestro arte con el de quienes apelan a testimonios más fehacientes.

—Dos preguntas tan sólo : maese Leonardo ¿cómo contruiréis los buques, cómo los protegeréis para que resistan las bombardas de mayor calibre?

—Los forraré de hierro.

—¡Qué dislate! ¿Flota acaso el hierro?

—Sí, cuando desaloja suficiente cantidad de agua de peso superior al suyo. Recordad el principio de Arquímedes : «Todo cuerpo sumergido en un líquido experimenta un impulso de abajo arriba equivalente al peso del líquido desalojado».

—¿Y a qué fuerza expansiva os referís, para provocar con humos la granizada de piedrecillas menudas semejante a una tempestad?

—A la del vapor de agua, que ya en la



Grecia clásica hacía mover la eolipila de Herón de Alejandría. El mismo Arquímedes describe una máquina llamada «architrónico», formada por una tubería de órgano en comunicación con un generador de vapor, a cuyo impulso se proyectan a la vez cuantos cuerpos obstruyan los tubos. Si substituíis las piedras por balitas de plomo, el efecto será mayor.

—Esto es cosa de brujería.

—Me lo dijisteis otra vez. ¿Cree realmente en brujas el astrólogo de su excelencia, el señor duque de Milán? En mi pueblo me trataron también de brujo, cuando era niño, porque escribo con la mano izquierda.

—¿Y qué?

—Que quienes me dieron tan ruin fama fueron las comadres de la aldea. Fuera de ellas, ya nadie cree en brujas.

—¡Maese, me ofendéis!

—No fué esa mi intención, sino la de señalaros un hecho.

—Basta, señores—dijo Luis el Moro, para cortar la discusión—. Me reservo el juicio, y maese Leonardo queda desde este



momento a mi servicio con el cargo oficial de «tañedor de cítara». Siga mícer Ambrosio en sus diálogos con las estrellas—terminó, recordando la cruel ironía del artista.

Levantóse, y le imitaron, saliendo el astrólogo el primero.

—Oid—dijo el duque a Leonardo—. Creo que tenéis razón y que sois un verdadero sabio. Cerrad contra los habladores sin piedad ni temor, porque en realidad son hechos lo que necesitamos y no palabras. Por lo demás, descuidad, que ya se presentarán ocasiones de que luzcáis vuestro talento.

\* \* \*

Leonardo no habitó en el palacio ducal, sinó que puso estudio en la ciudad y tomó discípulos. Entre éstos se contaban Ambrosio de Pedris, Marco de Oggione, Juan Boltraffio y César de Sesto.

Luis el Moro regentaba el ducado de Milán como protector de su sobrino Juan Galeazo, aunque realmente era un usurpador y tenía al legítimo soberano mañosamente secuestrado.

Cumpliendo sus promesas, encargó a Leo-

nardo importantes obras. Primeramente la decoración del castillo Sforza ; después los planos y proyectos de las reformas que debían verificarse en la catedral, y otros relacionados con diversas construcciones.

Encargóle más adelante la dirección de los trabajos de apertura del futuro Naviglio Sforzano.

En lo sucesivo no transcurría mes sin que el gran polígrafo le presentara proyectos, obras maestras de arte y de ingenio.

Era Leonardo el artista obligado de la corte, y de 1489 a 1490 dedicó gran parte de su tiempo a la organización de fiestas y espectáculos con motivo de casamientos principescos y visitas regias.

Sin embargo, la obra cumbre en la que fiaba todas sus ilusiones de glorioso renombre, era una estatua, proyectada hacía muchos años en honor de Francisco Sforza, tronco de la dinastía. Luis el Moro la había concebido de manera que representara el héroe a caballo. Había hecho publicar su idea y ésta se había divulgado entre los milaneses y más allá de las fronteras del ducado.

No le había sido posible encontrar un es-

cultor que pudiese encargarse de la ejecución y que ofreciese probalidades de salir airoso.

El pueblo, al comentar el futuro monumento, le llamó el *caballo*. A esta estatua se refería Leonardo de Vinci en su carta de ofrecimiento a Luis el Moro.

Tuvo acabado el modelo en 1493, después de haber trabajado más de once años en la ejecución. Lo construyó de yeso y lo instaló en el patio del Castillo Sforza, donde pudo admirarlo todo el mundo en las fiestas organizadas en honor de los embajadores austriacos que llegaron a Milán para acompañar a Viena a Blanca María Sforza, prometida del emperador Maximiliano.

Consecuente con sus normas, estudió tan detalladamente la anatomía de los equinos para modelar fielmente el corcel, que escribió como resultado de los conocimientos adquiridos, un «Tratado completo de la anatomía del caballo».

Mientras aguardaba que el tesoro ducal permitiera la adquisición del bronce necesario para fundir la estatua, se dedicó a comenzar otra obra que le diese en la pintura



una fama tan perdurable como la había conseguido en la escultura : proyectó el célebre *Cenacolo*.

Lo comenzó en 1497, en un lienzo de pared del comedor del convento de Santa María de las Gracias, cerca de Milán, y se conceptúa como una de las mejores obras pictóricas. Quiso expresar en la misma de una manera exacta las sensaciones diversas que experimentan los apóstoles cuando el Salvador les anuncia que uno de ellos le hará traición.

Son asombrosas la profundidad y exactitud con que retrató las pasiones del alma en los discípulos, y la gradación con que se elevó de los rasgos bajos y repulsivos de Iscariote hasta la dulzura angélica de San Juan y la divinidad de Jesús.

Afirma el eximio crítico de arte Delecluze, que antes de Leonardo de Vinci, ningún artista había expresado esta gama ascendente y descendente de la belleza en la forma, haciendo de ella el signo visible en que se manifiestan la inteligencia, los movimientos del corazón y la elevación del alma.

Aquellos años que pasó Leonardo en la



corte milanese fueron los más dichosos de su agitada existencia. Empero, no tardó en convertirse el sendero de su vida en camino de amargura.

Entenebreciéronse los horizontes políticos de Italia; cayó Luis el Moro, y Leonardo tuvo que reanudar su vida errabunda, entre el derrumbamiento de sus obras, derrocadas así que creía haberles dado cima; luchando contra la estultez de unos, la ignorancia de otros y la mala fe de los restantes.

Resurgían para él los días grises de Vinci y las angustias de Florencia. Comenzó el definitivo calvario.

## LEONARDO, DESCUBRIDOR DE LA NAVIGACIÓN AÉREA Y DE LAS LEYES DE LA FÍSICA

### IV



L espíritu del paganismo renaciente iba infiltrándose por todos los Estados italianos.

Luis el Moro, duque de Milán, a cuyo servicio estaba Leonardo, aprovechábase astutamente de aquella vida frenética de fausto y oropel, para deslumbrar con fiestas, torneos y cacerías no solamente a sus súbditos sino también a los demás magnates de los pequeños Estados en que se hallaba fraccionada la Italia. A los primeros les hacía olvidar la usurpación que estaba cometiendo al reinar en nombre de Juan Galeazo, su sobrino; a sus colegas, sus trabajos de zapa, para derrocarles y erigirse en único señor.

Con argucias y soflamas consiguió atraer

a su partido al rey de Francia, Carlos VIII, y éste pareció no contrariarse al saber los ambiciosos proyectos.

Poco después murió misteriosamente Juan Galeazo, y Luis el Moro alcanzó la cumbre de su poderío. Pero falleció el monarca francés, de un traumatismo en los sesos, sucedióle Luis XII, y este acontecimiento señaló una fecha decisiva no sólo para el poder de Luis el Moro sino también en el curso de la vida de Leonardo de Vinci.

El día 7 de abril del 1498, que precisamente acontecía en Sábado Santo, ocurrió la fatal desgracia a Carlos VIII; un mes después, su sucesor anunció públicamente que como vástago de Valentina Visconti, hija del primer duque de Milán, había decidido reconquistar su herencia a toda costa, destruyendo el nido de los Sforza, a quienes llamó «bandidos y usurpadores».

A últimos de julio, el ejército de Luis XII, a las órdenes del mariscal D'Auvigny, de Luis de Luxemburgo y de Juan Jacobo Tribulzio, atravesó los Alpes sin encontrar resistencia y entró en territorio lombardo.

Luis el Moro comprendió que no podía



resistir y huyó a los Estados del emperador de Austria, próximo pariente suyo, para pedirle protección.

Pocos días después hacían su entrada en la ciudad de Milán las tropas del rey de Francia, y tomaba posesión de la misma el mariscal Tribulzio en nombre de su soberano.

Señalóse la solemne entrada de Luis XII para el próximo seis de octubre, y a fin de recibirle dignamente, proyectaron festejos, contando con la cooperación del imprescindible Leonardo.

El maestro se prestó de buen grado, pues vivía al margen de cuestiones políticas, y según frase en él acostumbrada, «eran amigos suyos cuantos lo fuesen del arte y de las ciencias».

\* \* \*

Las tropas de Luis XII estaban formadas por gentes mercenarias, aventureros más que soldados. Cometían vejámenes y tropelías, provocando la indignación del país en masa. Entonces circularon rumores de que Leonardo, disgustado del cambio que se ha-

bía operado en Milán, estaba decidido a marcharse.

Juan Boltraffio, uno de sus discípulos, le interrogó una mañana a aquel respecto, y él le contestó refiriéndole este apólogo:

»Una piedra, decalzada y bruñida por el agua, estaba en un pequeño promontorio, a la orilla de un hermoso bosquecillo, en el extremo de un sendero, rodeado de flores. Sintió envidia de las piedrecillas que había en aquél, y queriendo estar como ellas en la proximidad de las flores, fué rodando hacia abajo, hasta que se encontró en el paraje deseado.

»Mas pronto sintió sobre sí las herraduras de las caballerías, los zapatones de los campesinos, y magullada, llena de barro, un ganapán que pasaba arrastrando los pies, la echó a un lado, confundida entre el polvo de los hormigueros y musgo resecado.

»En vano suspiraba entonces por el sitio que voluntariamente había abandonado, donde gozaba tranquila paz y nadie la molestaba.

»Así los hombres—terminó—, cuando hastiados de la vida contemplativa se lan-

zan a los males de una vida aventurera en los grandes centros de población. <sup>(1)</sup>

Fué la respuesta tan enigmática, que dejó al discípulo más intrigado que antes.

¿Simbolizaba la piedra al propio Leonardo? Entonces la fábula era una amarga alusión a sí mismo, condoliéndose de haber abandonado la vida sosegada de Vinci para lanzarse a los torbellinos del mundo.

¿Se refería a sus temores de salir de Milán, donde vivía sin ahogos, para ir a otra parte en la que ignoraba los conflictos que podrían presentársele?

Fuese lo que fuese, el maestro vacilaba. Veladamente dejaba transparentar el disgusto que le producía aquel ambiente de indisciplina y desasosiego.

Por otra parte, permanecía soltero, y no le ligaba ningún afecto a sitio alguno. Su padre vivía en Florencia, donde seguían asimismo sus dos hermanos. Su madre había fallecido hacía cinco años en Milán, cierta vez que al pasar por allí en una romería a San Ambrosio y el Santo Clavo, se había

---

(1) *Leonardo de Vinci*. «Fábulas VII».



puesto mala de repente. Leonardo había recogido su postrer suspiro.

Tenía, además, otras razones para no sentir vivas simpatías por los invasores. Había sido blanco de calumnias e infames supuestos durante los últimos años de la dominación de Luis el Moro, quien le había defendido en todas ocasiones.

Cierta vez, para ensayar la acción de los venenos en los árboles, había inyectado arsénico a un melocotonero. Malas lenguas cortesanas lanzaron la especie de que Juan Galeazo, el sobrino de Luis, había fallecido intoxicado por un melocotón que le dió su tío, y ya no fué preciso más para que se tejiera un melodramático engendro.

Propalóse la nueva de que Leonardo había procurado al duque, para suprimir a su sobrino, un tóxico que no dejaba rastro.

Además, tenía ideas tan propias, que chocaba abiertamente con los eruditos de su época y se repetía a menudo el diálogo que se vió precisado a sostener con el astrólogo Ambrosio de Rosate, recién llegado a la corte ducal. Salía vencedor en las polémicas,



... tenía ojos azules, de mirada...





pero cada victoria le acarreaba enemigos irreconciliables.

\* \* \*

En aquel tiempo se encontraba Leonardo en el apogeo de sus facultades. Pasaba de los cuarenta, pero era apuesto como un hombre de treinta.

Tenía ojos azules, de mirada penetrante y fría cuando escuchaba; al hablar animábanse, no obstante, sus facciones con expresión de cariñosa benevolencia. Su abundosa barba rubia y las guedejas de su espesa cabellera le daban majestuoso aspecto.

Era de complexión casi atlética y, a pesar de todo, el metal de su voz resultaba suavizado por un tono acariciador e insinuante.

Llevado de su natural inquietud, le absorbían arduos problemas. Empeñábase en resolver los más intrincados y llegaban a apasionarle hasta la obsesión en tanto no conseguía una solución exacta.

Uno de aquellos era llevar a la realidad la navegación aérea, y decidió presentar a los sabios de la Universidad de Pavía un aparato para volar. Siguiendo únicamente sus observaciones, planteó la teoría científica

del vuelo de los pájaros, y basándose en la misma construyó una máquina para remontarse, parecida a un murciélago gigantesco.

Cinco radios de madera, semejantes a los huesos digitales humanos, con las dobleces correspondientes a las articulaciones, formaban los esqueletos de las alas, y entre cada pareja de radios, semejjando tendones, había puesto tirantes de acero y cordoncillos de seda cruda retorcida, atados por uno de sus extremos a un pequeño travesaño que hacía las veces de músculo.

Las alas se ponían en movimiento por medio de una palanca, estaban cubiertas de tafetán, y éste, parecidamente a la membrana que une los dedos de los palmípedos, se plegaba y distendía alternativamente.

Cada ala medía cuarenta varas de longitud por ocho de anchura. Al plegarse, toda la máquina era impulsada hacia adelante, y al bajarse se remontaba el aparato. Un hombre sentado a horcajadas sobre la máquina, con los pies en unos estribos, imprimía movimiento a las alas mediante un sistema de palancas, poleas y cuerdas, y con la cabeza guiaba el timón.

Los hombres de ciencia, convocados por Leonardo, examinaron detenidamente el aparato, y declararon después despectivamente que aquellos trabajos eran vesanias, tan prácticos como tirar piedras a la luna.

Entonces Leonardo pretendió, no solamente justificar su invento, sino también demostrar la ignorancia de quienes le impugnaban.

Estableció un paralelo entre el vuelo de los pájaros y la manera cómo había concebido la teoría de su avión.

—Así, pues, en resumen—preguntáronle—, ¿en virtud de qué creéis que los pájaros se sostienen en el espacio?

—Simplemente—expresó—, porque, aun cuando más pesados que el aire, éste se convierte en mucho más denso bajo las alas.

Semejante afirmación levantó un coro de denegaciones.

—¿Y habéis conseguido volar, maese Leonardo?

—No, por cierto. Y con aparatos como este que os he mostrado, dudo poder lograrlo.

—Entonces...

—No he conseguido dar aún con un sis-



tema suficientemente perfeccionado. La concordancia entre la práctica y la teoría depende a veces de un detalle que pasa inadvertido. En saber encontrarle radica el éxito de todos los inventos.

—Ya. Pues, entonces ¿cómo queda vuestro principio fundamental de que los hechos positivos deben preceder a la hipótesis?

—Queda incólume. Habéis de saber, señores, que he construído un aparato en miniatura y logro hacerle remontar en la atmósfera.

—¿Podríamos verle funcionar?

—En el acto.

Abrió un armario, sacó un pequeño aparato construído de papel y alambre, le dió cuerda y lo soltó.

La maquinita recorrió todo el espacio de la estancia.

Como acometidos de un súbito terror, los circunstantes se apartaron a un rincón.

El minúsculo aparato era un helicóptero, avión que se sostiene en el aire por la acción directa de hélices de eje vertical.

—No lo dudéis, señores—exclamó Leonardo en tono de convicción—. Este aparato

construído según los principios del tornillo, daría grandes resultados en modelos de mayores proporciones, empleando para revestirle sobre una ligera armazón metálica, una tela sutil y perfectamente dispuesta, dando vueltas con rapidez, y el aire haría las funciones de una tuerca.

—De modo...

—Que la máquina se remontaría perforando el espacio, lo mismo que una barrena atravesando un bloque de madera.

—Y si por acaso quien guía esta aeronave se cae, ¿habéis pensado en procurarle un salvavidas?—preguntó uno, con sorna.

—Ya lo creo que sí—expresó Leonardo—. Si un hombre se sirve de un pabellón de lienzo rígido e impermeable, de doce codos de altura y diez de diámetro, podrá tirarse de una torre, por alta que sea, sin hacerse daño alguno.

Los asistentes comenzaron a desfilarse sin despedirse. Poco después quedaban en el estudio únicamente el maestro y el doctor que hacía las preguntas.

—¿Qué les ha pasado?—preguntó Leonardo estupefacto.

—Se han marchado, ya lo veis.

—En efecto. Pero ¿por qué en esta forma?

—Os toman por brujo.

El gran polígrafo movió tristemente la cabeza.

—¿Y vos?—preguntó con amargura.

—Yo no, no creo en brujas; solamente en Dios. Pero decidme, mícer, ¿habéis estudiado las corriente aéreas para regular vuestra máquina a las leyes de las mismas?

—Sí, basándome en los principios que rigen las corrientes marinas. Si arrojáis al agua dos piedras de igual volumen—continuó—, una después de otra, veréis que se forman en la superficie círculos distintos. Llega un momento en que el primero, ensanchándose gradualmente, se encuentra con el segundo. Ambos se cruzarán, permaneciendo, no obstante, uno distinto del otro, mas los centros respectivos persisten en los puntos donde cayeron las piedras primeramente.

—Cuando el viento sopla sobre las mieses, observad cómo las espigas oscilan unas tras otras, mientras los tallos se inclinan sin do-



blarse. De la misma manera se propagan las ondas en la superficie del mar, que permanece quieta.

—La ligera agitación producida por la piedra es más bien que movimiento, temblor de agua. Comprobadlo poniendo una pajita en los círculos que se ensanchan, y observaréis cómo oscila, pero sin separarse de su lugar primitivo.

—Ahora bien—terminó—, aplicando a las capas atmosféricas lo observado en el agua, veréis que cuando toca una campana, responde la campana vecina con un débil tembleteo o con un sordo retumbo. La cuerda que vibra en el *laúd*, hace vibrar en el *laúd* vecino la cuerda que da la misma nota; y si sobre esta última cuerda se pone una pajita, la veréis temblar.

—¡Oh, maestro!—exclamó el catedrático sinceramente—, me habéis convencido: sois un sabio.

—Gracias—dijo Leonardo, bajando la cabeza con modestia.

—Y no concibo que personas cultas puedan tomaros por brujo.

—Yo tampoco.

—A no ser que hagan caso de los rumores que circulan respecto a vos a propósito de que compráis subrepticamente cadáveres de ajusticiados a los verdugos, cuando los quitan de las horcas, cumplidas las horas de exposición para público escarmiento. Se ha divulgado la especie y ha cundido la idea de que os dedicáis a prácticas necrománticas.

—¡Dios mío, qué calumnia! ¿Cómo no atinaron en que me los procuro para estudios anatómicos?...

—Además, chocó extraordinariamente la explicación que no hace mucho disteis al origen de los fósiles, opuesta a la que admite Plinio, atribuyéndolos a cierta acción mágica de las estrellas.

—Si es así—arguyó Leonardo—, ¿cómo se explica que el influjo de las estrellas haya dado origen en un mismo lugar a animales, no sólo de diversas especies, sino también de edades diferentes? Examinando los mariscos fosilizados, he descubierto que se pueden determinar los años y los meses de su existencia, de la misma manera que se precisa la edad de los toros, de los carneros y de los árboles, por sus cuernos o por sus

troncos. ¿Cómo se explica, además, que unos estén enteros, rotos otros, y algunos mezclados con arena o limo, antenas de cangrejos, espinas de pescados, o, en fin, con detritus semejantes a los que encontramos en las orillas del mar en forma de cantos redondeados por las olas? ¿Y las delicadas huellas de las hojas en las cimas de las montañas? ¿Y las algas confundidas con los mariscos en un solo fósil? ¿A qué lo atribuiremos todo? ¿A la influencia de las estrellas? Razonando de esta manera, no encontraremos en todos los reinos de la naturaleza un solo fenómeno que no pueda referirse a un influjo más o menos estelar; lo que equivaldría a decir que, excepto la Astrología, todas las demás ciencias son vanas (1).

—No, caballero, no—terminó Leonardo—, las fosilizaciones deben atribuirse a la acción de los siglos, sobre los animales y plantas, enterrados como consecuencia de erupciones o de grandes inundaciones, cuyas aguas se retiraron posteriormente. Esta es la única ex-

---

(1) *Leonardo de Vinci. Pensamientos sobre la naturaleza*, L-XXX-LXXXIV.



plicación que puede darse a semejantes mescolanzas, absolutamente iguales en su proceso de formación, que cuando el carbonero en los bosques mezcla en una misma pira los vegetales más diversos para fabricar carbón.

—Sois en verdad un demoledor, y nada dejáis sano.

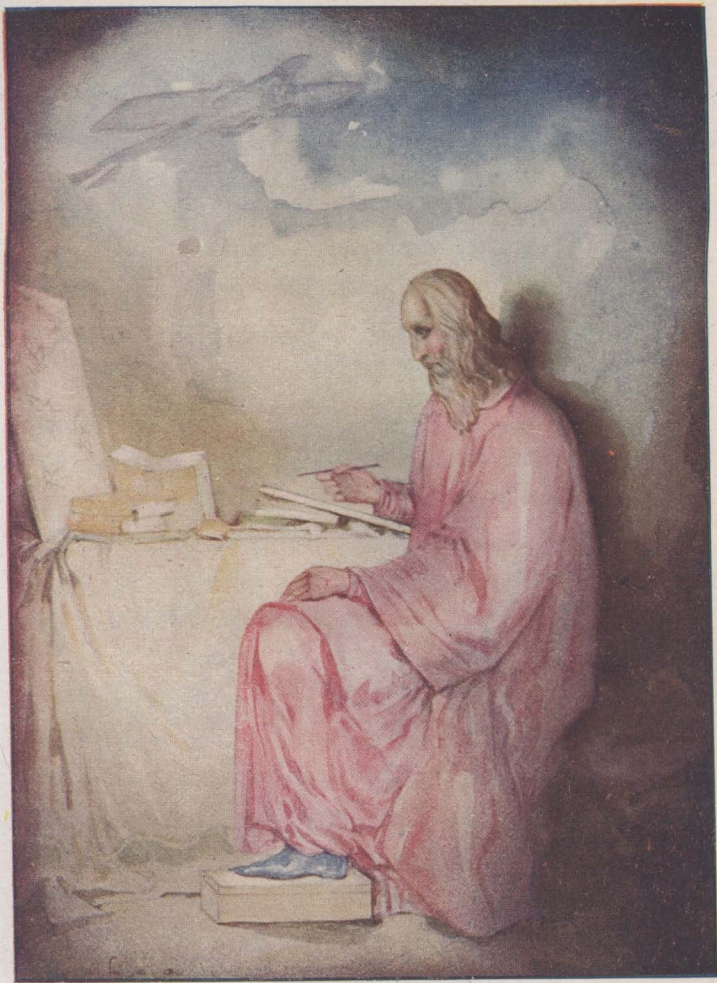
—Soy el primero—repuso—, en reconocer el mérito de los antiguos, pero no el de su ciencia, puesto que siguieron un camino equivocado. Quisieron sondear lo insondable, bucear sin orientación. Abandonaron o desdijeron lo que era de fácil acceso y cayeron en un laberinto inextricable.

—Podrán argüir, quizá, que no siendo yo literato, no puedo exponer con claridad el tema que me propongo desarrollar. Mas ignoran que no son las letras sino la experiencia el elemento necesario para tratar estas cuestiones. La experiencia fué maestra de quienes mejor escribieron; por maestra la tengo asimismo, y sólo por ella me guiaré en todas ocasiones. (1)

—Vuelvo a repetiros que habéis logrado convencerme,—concluyó el caballero con

---

(1) De la misma obra,



... el fundamento del aeroplano...

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



sinceridad—, y os confieso mi arrepentimiento por haber dudado.

En las afirmaciones precedentes debe buscarse la verdadera personalidad de Leonardo de Vinci ; ellas retratan magistralmente al precursor del Renacimiento.

\* \* \*

Era extraordinario el método que seguía el gran polígrafo en el estudio de las cuestiones.

Así como para modelar la escultura del corcel de la estatua de Francisco Sforza hizo investigaciones tan profundas en la anatomía del caballo, que pudo escribir un libro admirable sobre la misma, para las condiciones del vuelo de las aves, escribió otro que aún en la actualidad no tiene nada que enmendarse.

Con estos estudios sentó precisamente el fundamento del aeroplano y de la hélice modernos. Esta proporciona la velocidad, y a medida que la misma aumenta, hace lo propio la resistencia del aire, más pronto aún que la primera. Llega un momento en que la velocidad es suficiente para que las alas

rígidas del aparato encuentren apoyo en el aire, convertido en resistente masa, y una ligera inclinación de aquéllas determina la desviación lateral que quiera el aviador imprimir a la máquina.

Sin embargo, Leonardo de Vinci no consiguió volar porque le faltó un motor de poco peso y reducido volumen que desarrollase suficiente energía. Hasta que se descubrieron recientemente los pequeños motores de explosión, no se ha podido convertir en realidad no sólo la navegación aérea, sino la submarina y la tracción de los automóviles.

Con todos sus sabios cálculos, no le fué posible a Leonardo conseguir un resultado práctico, por faltarle aquél elemento.

No obstante, nos dió la explicación del paracaídas, más de dos siglos antes que Garnerin, considerado como inventor del mismo.

En su estudio de las leyes que regulan los movimientos de los vientos y las corrientes marinas, describió, como lo haría un físico del siglo XX, la transmisión del sonido en ondas a través de las capas atmosféricas.

Fué un precursor de la teoría de las vibraciones, y con el simple examen de un fenómeno natural, definió esencialmente la teoría física de las ondulaciones, base en la actualidad de la hipótesis para explicar entre muchas otras manifestaciones de la energía, la transmisión radiotelefónica.

Con la interpretación que supo dar a la formación de los fósiles, fué uno de los fundadores de la Geología histórica.

Estos estudios especulativos no eran obstáculo para otros eminentemente prácticos. Investigó los colores complementarios y descubrió la «cámara obscura», atribuída algunos siglos después a Della Porta. Ideó la manera de examinar a simple vista las estrellas, para verlas en su forma real, mirándolas a través de un agujerito practicado en un papel con un alfiler.

Construyó en el palacio de Luis el Moro un tubo acústico, denominado «tubo de Dionisio», mediante el cual podía el soberano oír desde su aposento cuanto se hablaba en las distintas habitaciones del alcázar.

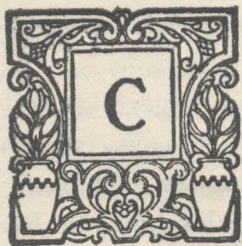
Fabricó además un higrómetro, formado por una balanza, uno de cuyos brazos termi-



naba en una esferilla metálica recubierta de cera, y el otro, en una bola igual, forrada de hilaza. La humedad atmosférica que ésta absorbía era acusada por la desviación de la cruz y marcada por el fiel que recorría un semicírculo graduado de la parte superior.

## LEONARDO, CREADOR DEL ARTE MODERNO.—LA CATÁSTROFE DEL CABALLO

### V



CONSECUENTE Leonardo de Vinci con sus puntos de vista y continuador de la escuela de Varocchio su maestro, pretendió otro género de pictórico distinto del que sólo estaba inspirado en la fantasía, sin tener en cuenta a la Naturaleza, manantial inagotable de ideas y modelos.

Cierta vez recogió a los pobres mendicantes más contrahechos y tontos que pululaban por el mercado, y se los trajo al taller. Obsequióles espléndidamente y les narró historietas, jocosas unas, serias otras, terro-ríficas, las restantes ; y mientras tanto, sin darse tregua, abocetaba los rasgos de aquellas fisonomías, animadas por la satisfacción, el alborozo, el espanto...

Dibujó verdaderos monstruos, sin que, por consiguiente, hubiese tenido que acudir a nada que se apartase de la realidad.

El pintor debe ser solitario,—decía—, y considerar lo que observe; hablar consigo mismo, escogiendo las mejores partes de las especies de cualquier cosa que vea, a semejanza del espejo, el cual adquiere tantos colores cuantos son los de las cosas que se le ponen delante.

Su espíritu observador le sugería consecuencias tan admirables en arte como cuando aplicaba sus observaciones a las ciencias.

''Cada árbol, cada una de las hojas de las plantas, están dotados de una forma individual, única, que no puede repetirse, de la misma manera que cada persona tiene su fisonomía propia.

''¿Quién no ha observado que los aposentos reducidos predisponen el espíritu al recogimiento, y los vastos lo desvían? Asimismo, un espíritu observador notará que, a través de la lluvia, las imágenes de las cosas parecen más nítidas que a la luz del sol.

En ocasiones, aguantando la lluvia, calado hasta los huesos, permanecía absorto,



contemplando las manchas que la humedad produce en los muros. En ellas veía fugaces perfiles que su sentido artístico aprovechaba como inspiración o complemento de otros asuntos.

''A veces,—decía—, en las paredes, en los montones de piedras, en las hendeduras de las rocas, en los musgos flotantes en las aguas estancadas, en los tizones candentes que se consumen en el hogar, en los contornos de las nubes, he observado como bellísimos paisajes, rostros singulares de inexplicable fascinación, extravagantes demonios, monstruos y figuras que recuerdan las gárgolas de las catedrales góticas. De tales figuras he escogido las que me podían ser útiles, y no pocas veces me ayudaron en obras que parecieron fruto exclusivo de mi fantasía. (1)

Así el maestro iba desenvolviendo sus teorías artísticas y fundamentando ideas madres en el terreno de las ciencias, que, siglos después, fueron desarrolladas más ampliamente y culminaron en los inventos contemporáneos. Todos estos fueron presen-

---

(1) De la misma obra.

tidos por Leonardo de Vinci, y si resucitara no le admirarían lo mas mínimo el fonografo, el cinematógrafo ni la misma telefonía sin hilos.

\* \* \*

Cierta mañana, encontrábase en su estudio trabajando con sus discípulos. El maestro daba los últimos toques a unos modelos de alegorías para el friso de un arco triunfal, dedicado a Luis XII para el día que hiciese su entrada en Milán.

De pronto, abrióse con estrépito una gran puerta de cristales que daba paso a un amplio patio en comunicación con la calle, y entró un hombre en el taller.

Estaba jadeante, iba destocado, y por la congestión de su rostro se comprendía que acababa de dar una gran carrera.

—¿Qué pasa, Leoncio?—preguntó Leonardo, suspendiendo su trabajo, pero sin azorarse.

—¡Ah, maese!—exclamó el recién llegado, ferviente partidario de Luis el Moro—. Bien decía yo que esas gentes sólo traerán desgracias por estas tierras; son peores que Satanás.

—Pero, ¿qué ocurre?

—La soldadesca la ha tomado contra el *cavallo* y quiere destrozarlo.

—¿Por qué?

—Dicen que la estatua representa a un bandolero, y como es de yeso, van a tomarla por blanco.

—¡Vaya por Dios! ¿Y qué queréis que haga, contra tantas furias sueltas?

—Acudiremos al mariscal La Tremouille. Quizá aún lleguemos a tiempo.

—Vamos allá—dijo lacónicamente Leonardo.

Y seguido de Leoncio y de sus discípulos, se dirigieron al castillo ducal, en cuyo patio estaba el famoso *cavallo*.

Llegaron a la plaza del alcázar, convertida en campamento. Pasaron entre las tiendas de campaña, pilas de bombardas y amplios cuadriláteros acotados, con los caballos de la tropa sujetos con lazos en las piernas.

La gran puerta del palacio, que comunicaba directamente con el patio a través de un amplio corredor abovedado, estaba materialmente obstruída por soldados apretu-



jándose, que con grande algazara excitaban a los del recinto interior.

Por encima de las cabezas de la muchedumbre vió Leonardo el modelo, que allí había aguardado meses y meses a que Luis el Moro estuviese en situación de proporcionar las cien mil libras de bronce necesarias para fundir la estatua.

A la figura ecuestre de Francisco Sforza, que con el corcel medía más de ocho metros de altura, le faltaba ya media cabeza.

—¡Qué bárbaros!—exclamó Leoncio.

Y cogiendo a Leonardo por un brazo, hendió la barrera humana y consiguieron entrar en el patio.

El monumento estaba rodeado de arqueros con los arcos tirantes, apuntándole los dardos.

—Un suizo y un francés han apostado a quién le derribará primero la cabeza—dijo Leoncio—. Por aquí, a la derecha, encontraremos a Monseñor.

En aquel momento se oyó el chasquido de un arco, el silbido de una flecha, y la cabeza mutilada voló en fragmentos.

Un coro de aclamaciones y risotadas atro-

nó el espacio. Y como si aquello no fuese más que el prólogo, salieron dardos de todos lados, que fueron a clavarse en la escultura.

Minutos después sólo quedaba de la estatua un montón de cascotes de yeso. Pero de repente cesó la algarabía y depusieron todas las armas. Pareció que un soplo glacial hubiese paralizado a aquellos demonios.

—Es el mariscal Tribulzio, que ahora llega—dijo Leoncio.

Efectivamente, el jefe supremo de las tropas, acompañado de algunos oficiales, enterado de la atrocidad, acababa de entrar en el patio.

Al darse cuenta de la catástrofe, retrocedió horrorizado.

Leonardo permanecía mudo, pero sus puños crispados y las gotas de sudor que perlaban su tez, delataban la lucha interior que estaba sosteniendo.

—Ea, entregadme a los que tiraron primero—ordenó el mariscal—. Y aquí, sobre los escombros, haré justicia. ¡Bárbaros! ¡Destruir una maravilla!

Entonces Leonardo reaccionó. Se abrió

paso por entre la multitud atónita, silenciosa, y llegó junto al mariscal.

—Monseñor—exclamó—. Yo pido gracia para ellos.

—¿Y quién sois vos?—preguntó el mariscal, con enojo.

—Leonardo de Vinci.

Juan Jacobo Tribulzio dulcificó su ceño y le alargó la diestra.

—¿Me pedís gracia para quienes os han destruído un trabajo que quizá os habrá costado...

—Más de diez años, monseñor—respondió Leonardo con toda sencillez.

—¿E imploráis misericordia para los autores?

—Sí, excelencia, Pase que pueda recordar la posteridad esta torpeza ; pero no que yo dejé de inteceder para que no se vertiese sangre.

—Os complaceré, maese. Sois tan bueno como artista.

—No comprendo el arte si no le acompañan la bondad y la clemencia.

Poco después regresaba Leonardo a su ca-



sa, con el alma lacerada por la mayor desilusión de su vida.

—¡Grandezas humanas! — murmuraba entre dientes—. ¡Todas son humo en el viento! Luis el Moro, la efigie de su abuelo y mis esperanzas han tenido el mismo fin. Ayer, arrogantes, creían tocar el cielo; hoy, convertidas en polvo...

\* \* \*

El seis de octubre, como estaba anunciado, Luis XII hizo su entrada en Milán. Figuraban en su acompañamiento, con los franceses, no pocos señores italianos, entre ellos César Borgia.

Pocos días después se presentó en el estudio de Leonardo un caballero del séquito real, que se hizo anunciar con el nombre de Alejandro Della Chiesa.

Recibido por el maestro, hízole saber que le visitaba en nombre de Luis XII, para participarle que éste tendría sumo gusto en recibirle el día siguiente, por la mañana.

El artista aceptó la invitación.

Alejandro Della Chiesa no mostró intención de retirarse, sino de continuar el diálogo.

Traíale, además, otra misión, y de momento procuró encauzar la conversación en el sentido de inquirir si Leonardo se mostraba decidido a continuar al servicio del Rey de Francia, de la misma manera que había servido a Luis el Moro.

El maestro soslayó prudentemente con evasivas la respuesta.

El emisario no se dió por vencido, y expuso la cuestión sin rodeos.

Confió a Leonardo que, en caso de no interesarle estar a las órdenes del enemigo del que había sido su protector, podía ofrecerle mejor empleo al servicio de César Borgia, duque de Valentinois.

Leonardo conocía las hazañas del célebre caudillo, popular ya en toda Italia. Tenía noticias de su intrepidez, de su mala fe, no reparando en los medios con tal de que le condujesen al fin propuesto; de sus crueldades con los grandes, puesto que si alguna vez se mostraba magnánimo era con los humildes y desheredados...

—Conozco sólo de oídas al señor de Valentinios—dijo diplomáticamente—, y en es-

tas condiciones sería difícil tratar ni aún en principio.

—Pues él, en cambio, está bien enterado de vuestro talento.

—¿Y qué se propone César Borgia?

—Os lo diré, recomendándoos reserva. Dar cima al proyecto que Luis el Moro no pudo realizar.

—¿Erigirse en señor de la Italia unificada?

—Exactamente. Y como necesita un ingeniero genial para las grandes operaciones militares que se propone y las colosales obras civiles que proyecta, ha pensado en vos.

—Agradezco la deferencia y lo pensaré. No puedo contestaros hasta después de haber hablado con el rey de Francia.

—Perfectamente, maese.

—Sin embargo, contad siempre con mi discreción.

—Ni una palabra más. Estoy convencido.

—¿Perteneceís ahora públicamente al servicio de Luis XII?

—Sí. Aunque señor de un dominio en la Romaña, soy de los que están persuadidos de la conveniencia de un poder enérgico en



estas tierras desperdigadas, para meter en cintura a tantos déspotas que convierten su poder en bandidaje.

—¿En la Romaña tenéis vuestras posesiones?

—Sí, maese.

—¿Conocéis a los señores de Imola?

—Les he tratado algo.

—¿Vive con ellos todavía su pupila Florinda?

—Desapareció misteriosamente hace algún tiempo y tengo entendido que murió. Los tutores rindieron cuentas al Estado como únicos parientes de la difunta, arreglaron las cifras a su gusto, y después simulaban una compra.

—¡Dios poderoso!—exclamó Leonardo—. ¡Muerta!

—¡La conocisteis?

—En mi mocedad. ¿Y vos?

—A ella personalmente, no. Pero lo que os he dicho no es ningún secreto y se comentó mucho la misteriosa defunción. Estas cosas son, no obstante, cosa corriente por ahí.

—¿Y la justicia?

—Sólo existe para apabullar a los desvalidos, mientras los poderosos pueden cometer impunemente verdaderas enormidades. El oro y la fuerza campan por doquier ; no existe más ley que la suya. ¡ Cuánta falta está haciendo un hombre de acero como César, para que lo barra todo !

—Tenéis razón—exclamó Leonardo lacónicamente.

Y anonadado por la tremenda noticia, quedó en doloroso mutismo.

Della Chiesa se levantó y dieron la entrevista por terminada.

Al quedar solo, desplomóse Leonardo sobre una silla y hundió el rostro entre las manos.

—¡ Muerta !—exclamó—. Y yo aquí, aguardando, aguardando... como si los días y los años transcurrieran en vano. En espera de soluciones definitivas que no llegan ; anhelando presentarme ante ella con una gloria que quizá no conquistaré jamás. Acorrándome siempre de que me crié en una aldea, mientras que ella vió la primera luz en un palacio. Ha muerto sin que pudiese dirigirle la palabra y revelarle que mi fa-

ma de artista no existiría sin haberla conocido ; que ella fué la que me abrió los ojos del alma a la luz del arte... ¡ Ah ! Tiene razón Della Chiesa. Se impone un dictador para concluir con tantas atrocidades.

Y dos lagrimones rodaron por sus mejillas.

\* \* \*

Al día siguiente acudió a la audiencia que le había señalado Luis XII.

Debía verificarse en el salón del trono del Castillo Sforza, donde tantas veces había rendido homenaje a Luis el Moro, su inolvidable protector.

Tuvo que aguardar entre multitud de pedigüños, citados también, y experimentó una impresión sumamente desagradable.

Por fin salió el monarca y ocupó el trono.

Entre los caballeros que le escoltaban había un arrogante mozo de morena tez, ojos negros relampagueantes, y barba en punta.

Todas las miradas se dirigieron a aquel caballero.

—¿ Quién es ?—preguntó Leonardo a su vecino.

—César Borgia.



Leonardo le miró con atención y se convenció de que era el hombre de hierro que hacía falta.

—Este hará bueno a Luis el Moro—pensó—. No quisieron defenderle y éste les sentará la mano a todos.

Luis XII despachaba rápidamente a los convocados. Un cortesano les iba llamando por sus nombres, uno a uno, el monarca cambiaba con ellos unas palabras y les despedía.

—Esto no son audiencias—dijo para sí Leonardo—. Son besamanos, y no me hizo Dios de madera de cortesano.

Entonces reparó en el señor Della Chiesa, que, bajando la gradería junto al trono, llegó a su encuentro.

—Venid conmigo, maese—le dijo—. El rey va a dar orden de suspender las audiencias, y os sería preciso molestaros otro día.

—¿Cómo es eso, caballero? ¿No me ha llamado para hoy?

—En efecto, pero quien redactó la lista os puso en último lugar. Esos cortesanos no saben distinguir. Daos prisa, maese.

—Gracias, pero me quedo. No acostum-

bro a entrar jamás en ninguna parte por sorpresa, y menos donde no me llaman.

Della Chiesa no insistió.

Momentos después se dió por acabada la audiencia, y el monarca se retiró con su acompañamiento.

Leonardo salió impasible.

Al llegar al patio, en cuyas baldosas blanqueaban aún los vestigios de los escombros del *cavallo*, sintió que le cogían del brazo.

Volvióse y vió a Della Chiesa.

—¿Sois vos, caballero?

—Sí. ¿Qué debo contestar a César Borgia?

—Acepto en principio. Uno de estos días saldré para Vaprio y me hospedaré en la villa de mi íntimo amigo Jerónimo Melzi. Allí aguardaré vuestras noticias y veremos si nos ponemos definitivamente de acuerdo.

Despidiéronse.

Leonardo regresó a su casa, para comunicar a sus discípulos que cerraba el estudio y levantaba definitivamente su casa de Milán.

Ignoraba que Della Chiesa y César Borgia habían sido los autores de la desaten-

ción de Luis XII. Conociendo el temperamento susceptible del gran artista, hicieron escribir su nombre al final de la lista, convencidos de que, sintiéndose profundamente lastimado, rompería toda relación con el monarca.





EL DESASTRE DEL CENÁCULO. — EL  
CUADRO DE LA VIRGEN DE LAS RO-  
CAS.—INGENIERO DE CÉSAR BORGIA.  
—LEONARDO Y MAQUIAVELO.—EN RO-  
MA.—CUADROS DE SAN JERÓNIMO Y  
SANTA ANA

VI



ANTES de salir de Milán, Leonardo quiso hacer su última visita al *Cenacolo*.

El convento de Santa María de las Gracias era de gallarza traza, y destacaba su amplia cúpula sobre el horizonte azul de la Lombardía.

El artista, solo y a buen paso, llamó a la puerta del monasterio. Saludó a los monjes sin decirles que aquella visita era de despedida, y entró en el refectorio.

Era una amplia estancia rectangular, con grandes ventanales que daban al huerto.

En el lienzo del muro del fondo estaba la obra maestra. Era sublime.

Parecía que aquel departamento, con sus mesas paralelas y sus desnudas paredes se prolongaba en otro, donde en realidad se estaba celebrando la Divina Cena.

Cada rostro de los apóstoles transparentaba su temperamento peculiar, que Leonardo había tomado de la más escrupulosa interpretación de los versículos sagrados.

El divino rostro del Salvador resplandecía con las sublimes emociones que en aquella noche, la más memorable para la humanidad, debieron embargarle. Y al fondo, a través de los fingidos ventanales, parecía que penetraban las claras luces del cielo de Oriente en noche serena, alumbrando el argentino resplandor de la luna las remotas montañas de Sión, con Jerusalén a sus plantas.

Leonardo no quitaba los ojos del cuadro, embelesado en la contemplación de su obra.

—Al fin—pensaba—, llegaré a la posteridad algo definitivo y perdurable.

De pronto notó algo en la pintura que le estremeció.



Sobre el mantel, y ramificándose hacia arriba, había unas líneas transversales, casi capilares, bordeadas por una faja salitrosa, apenas perceptible.

¡Tremenda revelación! ¿Comenzaba a resquebrajarse la pintura? ¿Era aquel indicio un principio de desconchadura?

No la había ejecutado al temple, sino al óleo y por un procedimiento especial.

En obras parecidas, era costumbre pintar al fresco. Pero este procedimiento requiere una gran rapidez en la ejecución, antes de que el revocado fragüe por completo. Así quedan los colores aprisionados en la masa y resisten el tiempo y rozaduras.

Leonardo era excesivamente lento en su manera de trabajar, y de otra parte la calidad del trabajo tampoco habría permitido un procedimiento rápido.

Para orillar los inconvenientes, había revocado el muro con una capa de yeso, mezclado de laca de enebro y aceite cocido, sobre la que extendió otra de almáciga, yeso y alquitrán.

Leonardo, sintiendo angustias de muerte, se cercó más. Entonces comprobó que las

señales destructares se extendían a toda la composición.

La catástrofe se convertía en realidad, y el *Cenáculo* correría la misma suerte del *Cavallo*; éste a manos de los hombres, y aquel por causa de la humedad.

Atraídos los pintores por la justa fama del cuadro, habían sacado ya de él numerosas copias. Pero esto no bastaba a Leonardo, que quería legar su obra tal como había brotado de su mente.

Salió del convento con honda amargura; con el frío del desengaño hasta en los tuétanos.

Abandonó Milán y fué a hospedarse en Vaprio, en la villa que su amigo Jerónimo Melzi poseía en los alrededores de la población.

Allí aguardaba la visita de Alejandro Della Chiesa, que había de ponerle al corriente de sus tratos con César Borgia.

En la soledad de la campiña compartía su tiempo entre la pintura y el estudio de la Botánica.

De las investigaciones sobre esta última

se conservan fragmentos que acreditan una vez más su talento enciclopédico.

Seccionando el tronco de un árbol,—decía—, es posible determinar la edad exacta, contando el número de sus zonas circulares, a la vez que precisar por el mayor o menor grueso de cada una, el grado de humedad del año a que cada zona corresponde.

Estas determinaciones,—concluía—, parecen algo sobrenatural a muchas gentes, entre ellas algunas de sólida cultura, que, no obstante, conceden ciega fe a un arte tan vano como el de predecir el porvenir por el movimiento de los astros.

Terminó un lienzo comenzado años antes en Florencia, representando la Santísima Virgen en una caverna.

En este cuadro, María Madre de Dios agrupa ciñéndoles con sus brazos, a su Divino Hijo y a San Juan Bautista, niños ambos.

Al fondo, iluminado por un crepúsculo vespertino, cerraban el horizonte las roquizas crestas de una montaña. Un angel sostenía al Redentor del Mundo, señalaba con la otra mano a San Juan y contemplaba el



grupo con enigmática sonrisa, de plácido dolor, transparentando en su hermosísimo rostro la admiración por tanta omnipotente belleza reunida y el presentimiento de los suplicios de Aquel que había de sufrir el martirio de la cruz por salvar a la humanidad. María Inmaculada, resplandeciente como el lucero matutino contemplaba con límpida y serena mirada de ternura al Salvador, disipando como faro de esperanza las tristezas del ángel; San Juan, arrodillado frente al Niño Dios, juntaba sus manos en señal de veneración, y el Divino Infante con dos deditos levantados, hacía ademán de bendecirle. ¡Sublime símbolo de la sagrada tragedia que tuvo su cuna en Belén y culminó en el Gólgota!

Mientras transcurrían los días en aquella calma apacible, llegaban noticias a Vaprio de que César Borgia afianzaba su poder, y poco a poco, sin reparar en los medios, iba haciéndose único señor de la Romaña.

Por fin, cierta mañana recibió la visita de Alejandro Della Chiesa. A todo evento, le traía el nombramiento firmado por el duque.

Leonardo aceptó incontinenti.

Sentía íntimos deseos de ir a las Romañas y visitar a Imola, el lugar donde había vivido Florinda. Allí preguntaría, indagaría detalles de la triste existencia de aquella malograda criatura a cuya memoria rendía apasionado recuerdo.

Partió el día siguiente y tomó posesión de su nuevo cargo.

\* \* \*

El cumplimiento inmediato de sus obligaciones le impidió de momento el proyectado viaje.

César Borgia tenía a su disposición suficientes elementos en hombres y dinero, y con tales recursos y la colaboración de Leonardo, iba enriqueciendo con soberbios edificios de palacios, templos, bibliotecas y escuelas, las ciudades que sucesivamente caían en su poder.

Hizo levantar un gran cuartel en el inmenso solar de la derruida fortaleza de Castel Bolognese; abrió el puerto de Cesenatico; echó los cimientos de la fortaleza de Piombino, sentando, en fin, los fundamentos de un Estado próspero y potente que ha-

bía de ser la base para unificar a toda la patria italiana bajo un cetro único.

'César o nada''. Esta era la divisa del tremendo César Borgia.

Siguiendo constantemente el séquito ducal, hacía Leonardo vida trashumante. En una de las expediciones conoció a Nicolás Maquiavelo, que se encontraba en aquellas tierras en calidad de enviado especial de la Serenísima República de Florencia.

Desde el primer momento sorprendió a Leonardo la singularísima manera que tenía Maquiavelo de apreciar las cosas. No atinaba a calificarle.

Veía en él a un pícaro redomado, pero observaba también algunos rasgos de sensibilidad, cual si pugnaran por transparentarse a través de una capa de cinismo hipócrita.

Supuso que aquel hombre se encontraba allí para comunicar a la República florentina cuanto pudiese columbrar de los proyectos y andanzas de César Borgia. Este no tenía escrúpulos, y por su valor temerario constituía un peligro para todos los Estados italianos que conservaban su independencia.

Leonardo se propuso estudiar a Maquia-



velo, profundizando los arcanos de su atribiliario temperamento.

—Vos y yo,—díjole cierto día Maquiavelo—, coincidimos en un punto fundamental.

—No atino en cuál puede ser—contestó Leonardo sonriendo y dirigiéndole una mirada escrutadora.

—Consideráis al arte como hijo legítimo de la Naturaleza, como algo realísimo, como una derivación directa de aquella, ¿no es eso?

—Efectivamente.

—Pues yo estoy planeando un sistema de gobernar, basado en absoluto en la realidad, sin utopías de ningún género. Pienso escribir sobre esto un libro que titularé «El Príncipe».

—No llego a interpretar claramente vuestro pensamiento.

—Veréis. Platón escribió su «República» para que sirviese de modelo de gobernantes, tomando por guía las virtudes de los ciudadanos; Aristóteles hizo lo mismo; Tácito siguió sus huellas; Séneca trató la cuestión desde igual punto de vista. Ahora bien, yo me propongo dar normas a los hombres

de gobierno para que se aprovechen de los vicios y pasiones de los gobernados. ¿Queréis algo más real?

—No comprendo la utilidad que podrá reportar vuestro trabajo.

—Os lo diré. El hombre dominado por los vicios y las pasiones es mil veces inferior a un esclavo, puesto que un esclavo tiene únicamente un señor, y el vicioso está sometido a tantos amos como vicios tiene. ¿Conocéis nada más fácil que gobernar esclavos?

Leonardo se estremeció. Vió en aquel hombre una encarnación satánica, en cuyas miradas refulgían los destellos que debieron alumbrar los ojos de la bíblica serpiente.

Maquiavelo comprendió el mal efecto que habían producido sus palabras.

—No me juzguéis a la ligera,—dijo—, suponiéndome un ser absolutamente perverso y malvado. En prueba de ello quiero solicitar vuestra cooperación para una obra humanitaria.

—¿Sí?—preguntó Leonardo con recelo.

—Váis a enteraros. Pretendo salvar a una dama y os pido vuestra ayuda.

—Explicaos.

—Sabéis que César Borgia no conoce escrúpulos, y para hacerse con dinero que le permita llevar adelante sus planes, echa mano de todos los recursos.

—Efectivamente.

—Pues se ha fijado en una viuda de la Romaña, sin parientes próximos y riquísima. Si muere, todos sus bienes le pertenecerán, aun habiendo testado ella, porque así lo ha establecido en uno de sus decretos con carácter general.

—Me enteré, y me pareció ciertamente, una atrocidad.

—Se propone que la dama desaparezca y quedarse con su fortuna. Por mi cargo tengo a mi servicio una red de confidentes y me pusieron al corriente de los propósitos del duque. Uno de mis espías es deudor de grandes favores al difunto marido de la señora, y me pidió encarecidamente que la salve.

—¿Y por qué no la salva él?

—Porque no puede. La pobre dama ha sido secuestrada, conducida a esta población y aguarda el momento que César Borgia la



envíe a alguna de sus fortalezas, dentro de cuyos muros si no perece envenenada, no volverá a salir jamás.

—¿De dónde es esa señora?

—De Imola.

—¿Cómo se llama?

—La viuda del Conde Geromo de Spolletto.

—¿Y su nombre de pila?

—No lo sé.

Vínole a Leonardo a la mente el recuerdo de Florinda. Por la semejanza con el caso de ésta, decidió hacer por la dama cuanto estuviese de su mano.

—¿Y en qué puedo servirlos?

—Esta noche la sacaré ocultamente de la casa donde la tienen, y tan pronto como abran las puertas de la ciudad la meteré en un birlocho. Irá cubierta con un sayal de penitente, cuya capucha le ocultará el rostro. Sin más requisitos, sería difícilísimo atravesar las murallas; mas si cuando el carruaje pase por delante de vuestra casa subís a él y os sentáis junto al conductor, nadie pondrá obstáculo a que salgáis de la

población. Por vuestro cargo estáis libre de registros y averiguaciones.

—¿Y después?

—Podréis regresar cuando se os antoje. El birlocho no parará hasta haber traspuesto los límites de Florencia, donde la dama estará en completa seguridad.

—Podéis contar conmigo.

Maquiavelo le dió las gracias. Después de quedar de acuerdo en los detalles, se despidieron.

Leonardo se levantó al rayar el alba, aguardando el paso del vehículo con la fugitiva, en acecho detrás de los cristales de su aposento.

Oyó, por fin, lejano sonido de trompetas anunciando la apertura de las puertas de la población.

Poco después sonaron en el extremo de la calle las campanillas de un vehículo. Era el birlocho.

Avanzó al trote y se detuvo delante del edificio.

Leonardo se arropó en su hopalanda y salió a la calle.

En el carruaje iba solamente un encapu-

chado. El artista subió junto al conductor, y el vehículo volvió a ponerse en marcha.

Llegaron a las puertas de la villa sin llamar la atención de nadie. Leonardo contaba con muchas relaciones, y casi cada día acostumbraba a hacer excursiones campestres acompañado de religiosos amigos suyos.

Salieron al campo libre. Al llegar detrás de una pequeña cordillera que ocultaba la población, el encapuchado que era una dama hizo parar el carruaje.

Bajó Leonardo y se acercó al estribo. La fugitiva le alargó silenciosamente la mano y él se la besó con respeto.

El birlocho volvió a arrancar a toda marcha.

Cuando estuvo a cierta distancia, la dama dirigió el rostro hacia su salvador y se apartó la capucha para verle.

Leonardo distinguió claramente su semblante y lanzó una exclamación de asombro.

Aquella dama fugitiva tenía exactamente la cara de Florinda.

El artista reaccionó y corrió unos pasos para alcanzar el vehículo.

Fué en vano, porque en rápida carrera



desapareció en la espesura de un bosque cercano.

Leonardo regresó a la villa para pedir nuevos detalles a Maquiavelo.

Refirióle la historia de la jovencita de Imola, desde que la había conocido en Vinci hasta la conversación con Della Chiesa.

Maquiavelo no estaba enterado de más que lo referido la noche anterior.

—¿Dónde poder encontrar al confidente vuestro que ha intervenido en la evasión?— preguntó Leonardo, animado por un destello de esperanza.

—En ninguna parte. Huyó en el mismo birlocho.

—¡Si iba sola!

—Era el conductor.

Leonardo calló, desalentado.

—Preguntad a Alejandro Della Chiesa. Quizá sepa algo nuevo—indicó Maquiavelo.

—Está en Francia, como enviado de César Borgia cerca de Luis XII.

—Pues así, maese, no hay nada que hacer.

Cuando se descubrió la fuga de la misteriosa dama, recayeron todas las acusaciones

en el servidor que había desaparecido al mismo tiempo, sin que nadie sospechara la intervención que en aquella huida habían tenido Leonardo y Maquiavelo.

Transcurrió el tiempo, y Leonardo siguió trabajando incansablemente para César Borgia.

Cierto día el duque le mandó llamar a su presencia.

—Es preciso, mícer—le dijo—, que me sigáis a Roma, y allí trazaréis un plano militar de la región florentina. Estoy decidido a coronarme rey de Italia en la Ciudad Eterna, y la conquista de Florencia será el corolario de mi coronación.

—Seréis servido, duque. No tenéis más que mandarme.

Leonardo partió con el séquito del caudillo.

César Borgia fué recibido en Roma como un triunfador, con honores de soberano.

El pintor dió cima muy pronto al encargo de su señor y se lo enseñó. Era una obra maestra en su género, que por fortuna se conserva todavía.

En ella no se esbozaban simplemente los

relieves y accidentes del terreno, con signos convencionales para indicar ríos, caminos y carreteras. Era un cuadro del conjunto, una fidelísima reproducción del país en miniatura, con detalles, exactamente igual que si se hubiese tratado de un lienzo.

—Os veo triste, apesadumbrado—le dijo César—. ¿Qué os pasa?

—Me tortura la idea de que colaboro en una obra que no sé si resultará nefasta para mi patria.

—Ahora recuerdo que sois florentino. No temáis. Italia, bajo mi cetro, vivirá libre de tiranos y al fin tranquila.

—Así lo ruego a Dios.

—Y así permitirá Dios que ocurra. Pero adivino que han causado mella en vuestro ánimo ciertos rumores a propósito de la evasión de la viuda del Conde Geromo de Spolletto, a la que me acusan de haber secuestrado para apoderarme de sus riquezas. Y suponéis indudablemente que quien así procede es tan tirano como los endiosados señores que pretendo exterminar.

—Excelencia...

—Sin eufemismos...



—Pues sí, señor duque.

—Tuve en secuestro, efectivamente, a esa dama, pero no para incautarme de sus riquezas, sino para evitar que conspirase con los florentinos contra mi poder. Por cierto que a Florencia huyó, según me enteraron mis confidentes, y allí fué a ampararse en casa de un mercader llamado Giocondo, lejano pariente suyo.

El corazón de Leonardo latió con violencia.

—¿Sabéis cómo se llama?

—Lo ignoro. Las mujeres casadas pierden su nombre para tomar el de su marido, y lo conservan aun en la viudez.

El maestro calló, pero quedó grabada en su mente el nombre de Giocondo, en cuya casa se había amparado aquella enigmática mujer.

—No receléis—insistió el Borgia—. Tras la tempestad viene la calma.

*Leonardo salió de la entrevista con el ánimo más conturbado que nunca. Dudaba de las intenciones que podía abrigar su señor contra Florencia, y veía el enigma de Florencia completamente irresoluble.*

Los preparativos para la coronación de César Borgia siguieron adelante.

Leonardo veía llegar con recelo aquella ceremonia. Lo temía todo de aquel hombre tan ducho en disimular como rápido en la empresa, que parecía inspirarse al pie de la letra en el espíritu de Maquiavelo.

Pocos días después cundió una noticia sensacional. César Borgia se encontraba entre la vida y la muerte.

Al regresar de un banquete se había sentido repentinamente indispuesto.

Barajáronse nombres de los que podían haberle propinado un tóxico, y sonaron los de unos antiguos escuderos del Conde de Spoleto, que se hallaban ahora al servicio del duque y habían desaparecido misteriosamente.

Decíase que habían consumado el delito para castigar la muerte de su señor y el atentado contra la persona y los bienes de la viuda, ocasionados por la rapacidad de César.

Llegó Borgia a las puertas de la muerte. Consiguió salvarse, pero resentida su salud, dió tiempo a sus enemigos para rehacerse,

y su buena estrella se eclipsó por completo y para siempre.

Durante su estancia en Roma, quiso Leonardo, para no estar ocioso, dedicar sus ratos a la pintura.

Terminó dos lienzos : uno representando a San Jerónimo en el Desierto, y otro a Santa Ana con la Virgen en brazos.

Pintó a San Jerónimo con un león tendido a sus plantas, y golpeándose el pecho con una piedra. Los ojos del santo brillan con los fulgores de aquella fe de los cristianos de las catacumbas, que triunfó de todo, derrocó el Imperio y subyugó a los bárbaros triunfantes. No debieron alumbrar de otra manera las miradas de los mártires que en el Circo morían invocando a Jesucristo. Las del león tendido a sus pies son mansas comparadas con las suyas.

La figura de la Virgen refleja de un modo purísimo la casta belleza de la Madre de Dios, personificación de la hermosura inmaculada, en cuyo seno como en arca santa había de encarnarse el Salvador del mundo. Tiene fragancias de capullo de rosa, blancura de nardo, pureza de lirios. Es el sím-



bolo de la mujer triunfante de la serpiente, que había de derribar los ídolos del paganismo.

\* \* \*

Transcurridas algunas semanas de la enfermedad de César, recibió Leonardo la visita de un emisario, rogándole en nombre de la Señoría de Florencia que se trasladase a esta ciudad para ejecutar algunas obras.

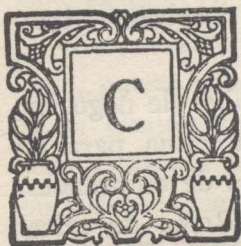
El maestro aceptó. Aun sin tan valiosa invitación, habría ido, para intentar alguna averiguación referente a la misteriosa dama que había conseguido librar de César Borgia.

Estaba cierto de que en casa del rico mercader Giocondo encontraría la clave del enigma.



## EN FLORENCIA.—EL LIENZO DE LA BATALLA DE ANGHIARI.—LA GIOCONDA

### VII



UANDO Leonardo llegó a Florencia, Pedro Soderini, gonfaloniero perpetuo de la República, le recibió con grandes muestras de reconcimiento por haber accedido a la invitación de la Señoría.

—Quisiéramos, maese—le dijo—, decorar la gran sala del Consejo, y que os encargaseis de uno de los lienzos.

—¿Habéis pensado el asunto?

—A punto fijo, no. Pero nuestra idea es perpetuar un hecho glorioso de las armas florentinas.

—¿Os serviría la batalla de Anghiari?

—Perfectamente.

La batalla de Anghiari era un hecho de armas librado en 1440, cerca de dicha po-



blación, entre las tropas florentinas y las milanesas.

Una vez quedó cerrado el trato, inquieto Leonardo por averiguar lo que con tanto afán deseaba saber, con aparente naturalidad preguntó por el rico mercader Francisco del Giocondo.

—¿Tenéis con él algún negocio?—interrogó Soderini.

—No, mícer, no soy hombre de negocios, y sospecho que serían una ruina para mí cuantos tuviese la mala idea de emprender. Pero oí hablar mucho en Roma de mícer Francisco, y tendría sumo placer en conocerle personalmente.

—Puedo presentaros, porque ejerce una de las doce magistraturas populares de la ciudad. Además, me consta que a su vez tendrá mucho honor en conoceros también, y si accedéis, quizás os encargue alguna obra.

—¿Siente afición por las Bellas Artes?

—Sí, como todo florentino acaudalado. Pero su esposa es más amante todavía y está convirtiendo su casa en un museo.

—Tendré como un honor el poder ofrecerle mis respetos.

—Es la tercera esposa del mercader, y toda Florencia respeta y admira a esa señora tan recatada como hermosa.

—¿Sabéis, mícer—preguntó como al descuido Leonardo—, si maese Giocondo está emparentado con los Imola de la Romaña?

—No, maese. Pero sus relaciones son muchas, puesto que, aparte de las propias y las de la familia de Mona Lisa, su esposa actual, conserva amistad con los parientes de las difuntas, los Villani y los Rucellai.

—¿Los Rucellai?—preguntó, admirado, Leonardo.

—Efectivamente. Camila Rucellai, hija del rico negociante que posee una villa en Vinci, vuestra aldea natal, fué la primera esposa de Giocondo.

—¡Oh, con cuánto más interés deseo ser presentado a esa familia! Nada iguala para mí la felicidad de conversar con personas que me recuerden mis tiempos de juventud.

Leonardo salió de la entrevista sumido en mayores confusiones.

—¿Quién era—se preguntaba—aquella

dama que había ayudado a salvar? ¿Qué relación podía tener con Florinda? ¿Eran ambas una misma persona?...

El apellido Rucellai, común a la primera esposa de Giocondo y al propietario de la finca en la que había conocido a la hermosa doncella, era un nexo que venía a complicar más el enigma.

Habían quedado con Soderini en que éste le presentaría a la familia de Giocondo al día siguiente. Para calmar su afán, mientras tanto, decidió adquirir más detalles.

Haciendo hábiles preguntas a antiguas amistades, consiguió averiguar que Mona Lisa descendía de una antiquísima familia napolitana, y que su padre, llamado Antonio María Gherardini, había quedado completamente arruinado a raíz de la invasión francesa por las tropas de Luis XII.

Luego supo que Giocondo había tenido parentesco con el Conde de Spoleto, por vía de su segunda esposa Tomasina Villani. Geromo de Spoleto había fallecido de misteriosa manera, decíase si envenenado por su propia mano para no caer prisionero de



César Borgia, contra el cual había conspirado con desgracia.

—¿Y la esposa del Conde?—preguntó Leonardo anhelante.

Le repitieron la historia del secuestro y la misteriosa evasión en la que él activamente había colaborado.

¿De qué familia era la esposa de Spoleto?

Nadie lo sabía. Sólo la vieron cuando su marido la trajo al castillo después de casados. Jamás, a partir de aquel día, había vuelto a traspasar el puente levadizo de la fortaleza solitaria, en la cima de un monte que las nubes ocultaban. Cuando las mesnadas de César Borgia la sacaron de allí, salió secuestrada en una silla de manos, entre los arcabuceros del duque.

—¿Qué nombre de pila tiene la condesa?—preguntó Leonardo.

—Rosa—contestó uno de los que parecían mejor enterados.

El artista no quiso indagar más. Cuanto más preguntaba, mayor era su desorientación.

Por fin llegó la tarde del día siguiente, y Soderini le acompañó a casa de Giocondo.

El acaudalado comerciante le dispensó una cordial acogida.

—He querido tener el gusto de estrechar la mano de uno de mis compatriotas protectores de las Bellas Artes—dijo Leonardo.

—No podéis suponer lo que os agradezco tan inmerecido honor. Os presentaré a Mona Lisa, mi esposa. Es muy apasionada por la pintura, y os considera justamente como un artista digno de figurar entre los primeros de los tiempos pasados y modernos.

—Mona Lisa, tiene, por lo que dais a entender, un juicio exagerado de mis méritos.

—No lo creáis, maese. Es tan prudente y tan discreta, que siempre está en lo justo.

Poco después presentaba Giocondo su esposa a Leonardo.

Este al verla sintió tan fuerte impresión, que tuvo que contenerse para no lanzar una exclamación de asombro.

Mona Lisa parecía Florinda rediviva. Era su contrafigura, y sólo le faltaba aquella singular expresión animada por la enigmática sonrisa.

Sentáronse y entablaron amigable charla

sobre el arte y las nuevas orientaciones que algunos pintores, entre ellos Miguel Angel, daban al mismo.

—¿Sería pedirnos demasiado, ilustre maestro,—dijo Giocondo—, que os dignaseis pintar un retrato a mi esposa?

Leonardo no deseaba otra cosa.

—Al contrario—contestó—. Me consideraré muy honrado en complaceros, y desde la semana próxima, que tendré organizado un modesto estudio, podremos comenzar si queréis.

Despidiéronse afectuosamente, y Leonardo salió de la casa con Soderini.

Cada vez más intrigado, no pudo contener su impaciencia, y reveló su secreto con todos los detalles al gonfaloniero.

—Es muy misterioso vuestro caso, querido maese,—dijo Soderini—; pero casi me atrevería a desentrañarlo.

—Hablad, mícer.

—En la época a que os referís, Mona Lisa se ausentó de Florencia y me consta que estuvo en la Romaña. ¿No se puso en lugar de Rosa de Spoleto, y salvasteis precisamente a ella misma?



—No atino el por qué de esa substitución.

—Váis a comprenderlo. Al ponerse Mona Lisa en lugar de la condesa, le facilitaba la huída, despistando a los sabuesos de César Borgia, y si en último caso hubiese sido descubierta, habría revelado su personalidad, y tratándose de la esposa de uno de los primeros magistrados florentinos, sus aprehensores no hubieran tenido más remedio que soltarla.

—¿Tanta amistad le une a la viuda del Conde de Spoleto con los Giocondo, que Mona Lisa se prestase a semejante riesgo?

—Tengo entendido que sí. Además, ¿sabéis si había el interés de la República florentina por enmedio?

—No sé nada. ¿Conocéis, mícer Soderini, a la condesa viuda?

—No la vi en mi vida.

—Por otra parte, Maquiavelo no me insinuó lo más mínimo de lo que suponéis.

—Maquiavelo es un marrullero que se burla hasta de su sombra. No puedo seros más explícito, porque no sé más; apesar de mi cargo de magistrado, ciertas cuestiones



... comenzó el retrato de la Gioconda.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



de policía o de razón de estado se mantienen secretas rigurosamente.

Leonardo sospechó que Soderini se escabullía y calló por delicadeza.

A partir de la semana siguiente comenzó el retrato de la Gioconda.

Cuanto más la miraba, menos encontraba en ella la sonrisa de Florinda. Pero la fisonomía, la voz, el aire de su persona, todo le recordaba a aquélla.

No sabía qué pensar. ¿Había en realidad salvado a la propia Mona Lisa, y la condesa de Spoleto no tenía nada que ver con Florinda? Entonces ésta habría muerto en realidad, como le dijera Della Chiesa.

En vano se torturaba para encontrar la más remota solución al conturbador enigma.

Mientras tanto, la obra seguía adelante. Prolongó adrede su estancia en Florencia, y así fué transcurriendo el tiempo.

Un día, terminada la sesión y a punto de dar los últimos toques, se decidió a preguntar a la propia Mona Lisa.

Esta se hallaba sentada en un sillón de nogal, sobre una alfombra de Damasco, en

el centro del estudio, junto a un surtidor. Mientras Leonardo pintaba, tañían sus instrumentos un tocador de viola y otro de laúd.

Con estos recursos procuraba el pintor abismar en armoniosa placidez a la modelo, para provocar en su rostro la sonrisa inolvidable...

—Decidme, Mona,—comenzó—, y perdonad : ¿estuvisteis en la Romaña hace algún tiempo?

—¿Por qué me lo preguntáis?—respondió ella, enrojando ligeramente.

—Porque allí tuve ocasión de ver a una dama que si no erais vos, se os parecía extraordinariamente.

—Pues no era yo—contestó Lisa, con cierta sequedad.

Leonardo quedó cortado y calló.

Poco después regresó la dama a su casa, dejando a Vinci convencido de que Soderini le había insinuado la verdad y Della Chiesa no había mentado.

Ahora creía firmemente que había salvado a la Gioconda.

\* \* \*

Al día siguiente aguardó en vano a Mona Lisa.

Transcurrieron varios días y tampoco pareció ni supo de ella.

Apesadumbrado por el temor de haberla ofendido con su indiscreción, decidió dirigirse a su casa.

Recibióle el administrador.

—¿Está enferma la señora?—preguntó.

—Está ausente.

—¡Es posible! ¡Sin avisarme!

—Partió hace tres días a la Calabria, con micer Francisco.

Leonardo no quiso saber más y se marchó con el corazón destrozado.

¡Lo de siempre! Otra obra inacabada, y ahora por su culpa; por una curiosidad indiscreta que sólo había de acarrearle sinsabores.

Al cabo, y para olvidar, sobreponiéndose a su dolor, decidió dedicarse por completo a la obra de la batalla de Anghiari, en la gran sala del Palacio de la Señoría.



Por fin, después de ímproba labor, dejó el boceto completamente terminado.

Era un asunto bélico con toda su demencia destructora. Los hombres matándose como fieras; los heridos expirando entre atroces sufrimientos; luchando hasta los caballos a mordiscos, contaminados por la furia del combate. Un cuadro tan soberbio como horrible; un monumento demostrativo de los horrores de la guerra.

Los miembros del Consejo de la Señoría al verlo, quedaron asombrados.

Sin embargo, pasada la primera impresión, Soderini sintió enfriar su entusiasmo.

—Es admirable, maestro — exclamó—. Mas este cuadro, aun con todas sus bellezas, peca de realista y puede perjudicar a los intereses de la República.

—Por mi fe que no os comprendo—dijo Leonardo.

—Es un espejo de la realidad, pero ese es quizá su defecto. Presentáis la lucha con demasiada crudeza. En esta misma sala se reúne el Consejo para acordar los créditos cuando se declara una guerra; ¿cómo queréis que nadie pueda votarlos, teniendo de-

lante este ejemplo? Hubiéramos preferido algo más épico, más teatral si queréis, pero menos espeluznante.

—El arte verdadero no puede mentir— contestó el maestro lacónicamente.

Y desalentado, abatido, no dijo más.

En realidad la República de Florencia andaba constantemente a la greña, casi siempre sin ton ni son, con todos sus vecinos, tan turbulentos como ella.

—En fin,—concluyó Soderini—, hemos encargado a Miguel Angel Buonarroti que pinte otro asunto en el lienzo de la pared frontera, y ya le advertiremos que sea un poco más imaginativo.

Este parangón irritante lastimó tanto a Leonardo, que se despidió fríamente y salió camino de su casa, encorvado bajo el peso de tantas decepciones, meditando en la mísera condición humana.

De sus cuatro obras cumbres, el *Cavallo* estaba destruído; el *Cenacolo* a punto de borrarse; el retrato de la Gioconda y la batalla de Anghiari, desdeñados sin motivo. ¡Y por remate oponíanle como competidor

a Miguel Angel, su rival y detractor más encarnizado!

Sin embargo, no desmayó. Había decidido apurar el cáliz del dolor hasta las heces y no rendirse.

Sólo la muerte podía aniquilarle, y si no le hacían justicia sus contemporáneos, confiaba en la posteridad.



# LEONARDO Y MIGUEL ANGEL.—VÍCTIMA DE MAQUIAVELO.—LA OBRA CUMBRE

## VIII



LEONARDO siguió trabajando en su cuadro de la batalla de Anghiari. Miguel Angel, frente por frente, abocetaba el suyo, basado en un asunto de la guerra de Florencia con la pequeña República de Pisa.

Era un episodio épico, verdaderamente heróico. Los soldados sorprendidos en el río bañándose, arremetían a sus enemigos, medio desnudos. El entusiasmo bélico que resplandecía en aquellos rostros viriles dominaba la sensación de todos los horrores.

Miguel Angel, rapidísimo en el concebir y en el obrar, era la antítesis de Leonardo. Sus obras salían de su inspiración para plasmarse desafiando tiempo y críticas. Tenía

un genio tan adusto e impulsivo, como Vinci suave y calmoso.

Cuando Leonardo llegó a Florencia, mostráronle los miembros del Consejo de la Señoría un enorme monolito de mármol, abandonado en unos almacenes de la República y estropeado a toscos martillazos.

Un escultor lo había tenido entre manos para labrarlo, pero en lugar de convertirlo en una obra de arte, sólo había conseguido echarlo a perder, para huir después avergonzado.

Los magistrados florentinos propusieron a Vinci ejecutar la obra que el torpe escultor no había sabido ni comenzar.

Leonardo prometió estudiarlo y dejó pasar el tiempo en vacilaciones.

Cansada la Señoría, ofreció la ejecución a Miguel Angel, éste aceptó, y trabajando hasta de noche, a la luz de las antorchas, convirtió en veintiocho meses el bloque en una magnífica estatua de David, que fué instalada frente al Palacio Prioral.

En la pintura de los cuadros ocurrió lo mismo. Miguel Angel casi terminaba el suyo, cuando Leonardo estaba aún a la mitad.

Una circunstancia vino a retardar la obra de Vinci.

Florenzia, por no perder la costumbre, hacía tiempo que se hallaba en guerra con los pisanos, y el partido contrario a Soderini atribuía maliciosamente a la desacertada política de éste que se prolongase la lucha.

Maquiavelo formaba en el bando de los adversarios de Soderini y concibió una de sus argucias para desacreditarle.

Exhumó un proyecto que Leonardo le había confiado para obligar a la ciudad de Pisa a una rendición sin condiciones. Consistía en sitiarla, interrumpiendo el curso del río Arno hasta el mar, por donde recibían los pisanos víveres y municiones.

La idea era genial, pero erizada de dificultades. Maquiavelo las previó, y tuvo por seguro que quien patrocinase el proyecto correría indefectiblemente a un fracaso. Por consiguiente, lo brindó a Soderini.

El Gonfaloniero lo hizo suyo, consiguiendo tras grandes esfuerzos, que la Señoría lo aceptase.

Llamaron a Leonardo y le ofrecieron la dirección de la empresa.



Vinci aceptó por su mal, y relegó pinceles y lienzos para sacar adelante la obra.

Trabajó con ahinco, pero surgieron inconvenientes de tanta monta, por la naturaleza del terreno y otras causas, que la Señoría acabó por considerar ruinoso el proyecto. Finalmente, una inundación destruyó todos los trabajos realizados y se abandonó el plan.

Leonardo, al que se achacó la culpa de no haber sabido prever los acontecimientos, fué destituido.

El insigne artista, víctima de tantas fatalidades, sumó una más a la larga serie. Había sido juguete de Maquiavelo, y cabeza de turco en intrigas de política menuda. Regresó a Florencia, decidido a visitar a los Giocondo y terminar el interrumpido retrato.

Llegó a la casa de los ricos mercaderes y vió las puertas cerradas.

Acometióle un triste pensamiento, y temblando de emoción, dió un aldabazo. Salió un criado que le hizo pasar al vestíbulo. Tímidamente preguntó Leonardo por los señores.

—¡ Ah, maese!—dijo el servidor—. ¿ Ignoráis la triste nueva?

—Nada sé. Hasta hoy no he regresado a Florencia.

—Pues Mona Lisa falleció anteayer en Lagonero, de unas fiebres malignas.

Leonardo sintió que las piernas le flaqueaban. Apenas pudo balbucir unas palabras de condolencia y salió a la calle.

Aquella serie de fracasos y desengaños dábanle cierto estoicismo. Sintió hondamente la muerte de la Gioconda, pero pensó asimismo que los justos al morir gozan de una vida mejor.

—¡ Feliz ella!—murmuró al fin.

Dos días después se encaminó al Palacio de la Señoría, a inspeccionar su obra y dar disposiciones para que se montaran de nuevo los andamios.

Presumía que Miguel Angel habría terminado ya su cuadro, y sentía tanto más la tardanza por cuanto su demora obedecía a haber empleado el tiempo estérilmente.

—Ben venido seas, mal, si llegas solo—murmuró al subir las escaleras.

Entró en la Sala del Consejo, y vió que,

efectivamente, Miguel Angel había cumplido su compromiso.

Miró su obra y quedó aterrado. Le ocurría lo mismo que al «Cenacolo».

Había querido ensayar un nuevo procedimiento para secar la pintura, y mientras la estuvo ejecutando la sometía al calor de unos grandes hornillos colocados al pie del lienzo.

La parte inferior se había secado bastante bien, pero el resto había quedado húmedo y comenzaban a confundirse lastimosamente los colores.

Fué tan rudo el golpe, que a Leonardo no le quedaron ánimos ni para exhalar una queja.

Encontróse maquinalmente en medio de la calle y llegó a su casa sin darse cuenta. Abrió la puerta y encendió la luz de su estudio. En el caballete, tapado con el lienzo, estaba el retrato de Mona Lisa. Lo descubrió y quedó contemplándolo como obsesionado. Encontrábalo perfecto, pero aparte de lo incompleto de la obra, le faltaba algo que dependía de la ejecución... le faltaba aquella expresión que traducía en todas sus produccio-



nes, retratada en su alma desde la noche memorable que se había extasiado ante Florinda en los jardines de la villa de Rucellai...

\* \* \*

Cuando al día siguiente iba a salir a la calle, recibió un recado de Pedro Soderini invitándole a una entrevista.

Acudió. Desde el primer momento presintió algo desagradable.

Las facciones siempre amables del magistrado estaban contraídas adustamente.

—Mícer Leonardo,—le dijo, como pronunciando las palabras a pesar suyo—, ha transcurrido de sobras el plazo que vos mismo fijasteis para la terminación de vuestro trabajo, y a lo que parece no lleváis trazas de acabarlo.

—Me he hallado ausente de Florencia.

—Ya lo sé. Pero, ¿y antes?

—Quise proceder con cautela, y el trabajo requirió tiempo. Indudablemente me diréis que, mientras tanto, Miguel Angel ha terminado su lienzo y su David.. Mas cada cual tiene su método de trabajo.

—Realmente, aún no habéis dado cima a vuestra obra, y el David de Bounarroti ha

sido no tan sólo terminado, sino instalado y lapidado.

—¿Lapidado, decís?

—Ayer noche unos grupos de estudiantes, mientras prorrumpían en vítores a vuestro nombre, deshacían la cara del David a pedradas.

—Os aseguro que nada tengo que ver con semejante atentado.

—Por mi parte lo creo sinceramente.

—¿Y hay quien lo duda? ¡Por mi fé, que esto sólo me faltaba!

—¿Qué decidís, referente a la batalla de Anghiari?

—Lo justo. Firmé un compromiso fijando un plazo y una indemnización si no lo cumplía. Pues bien, como he faltado, pagaré la indemnización a la Señoría.

—No hay para tanto.

—Sí, señor Gonfaloniero. Quien comete la falta, justo es que sufra la pena.

—Pero mícer Leonardo, que yo sepa no tenéis bienes de fortuna, y no permitiremos que por un exceso de amor propio comprometáis el sustento de vuestra vejez.

—Mícer Pedro Soderini,—exclamó con

dignidad y tristeza—, bien puedo terminar mis días en un asilo ; que al fin mi madre murió en un hospital, y para mí fué una santa.

Despidióse y comenzó gestiones para procurarse la cantidad que se había propuesto hacer efectiva.

Después de varias visitas infructuosas, dirigióse a Carlos de Amboise, representante del Milanésado en Florencia.

—Dejad el asunto por mi cuenta—le dijo el diplomático—. Yo os buscaré una solución decorosa.

Transcurrieron varios días. Una noche, al regresar a su casa, encontróse Leonardo con D'Amboise que le estaba aguardado.

—Os traigo el negocio arreglado—expresó—. La Señoría declara nulo vuestro compromiso, y rehusa terminantemente la indemnización que le ofrecisteis.

—Gracias, excelencia. Pero, ¿cómo puedo permanecer en estas tierras un día más ?

—Marchad a Milán, donde me consta se os acogerá como merecen vuestros altísimos méritos.



—Acepto agradecido. Pasado mañana partiré.

A la mañana siguiente, Leonardo levantó el lienzo que protegía el retrato de Mona Lisa, para contemplarlo una vez más.

Sentíase acometido de un ardor febril para el trabajo; de un afán como no recordaba haber sentido nunca.

Cogió los pinceles y se puso a terminar el retrato. Trabajó todo el día, sin acordarse de comer ni tener noción del tiempo. Cuando a través de la lumbrera entraban las verdíneas luces del atardecer, dió la última pincelada.

Hízose unos pasos atrás y contempló su obra. Sus facciones se transfiguraron, radiantes de entusiasmo.

¡¡ Al fin había terminado algo sublime, imperecedero !!

¿Qué le importaban ya todos los fracasos, las calumnias, las envidias?... La posteridad dejaría de tener en cuenta todas sus derrotas, para extasiarse con la sonrisa inimitable que su inspiración había sabido imprimir al semblante de la Gioconda.

EN MILAN.—LA CUESTA DEL CALVARIO. — EN ROMA. — PROTEGIDO DE FRANCISCO I.—LA MUERTE DEL JUSTO

IX



LEONARDO llegó a Milán llevando consigo el retrato de Mona Lisa.

No dudaba de que aquella obra bastaba para inmortalizarle. Miraba en ella las ilusiones de toda su vida, con el misterioso encanto de lo que no había conseguido descifrar, y aquella imagen se había convertido en su mejor compañía.

Entonces se hizo el propósito de no cederla ni abandonarla mientras le quedase un hálito de vida.

Sintió renacer sus aficiones a los estudios anatómicos, y volvió a sus disecciones y solitarios estudios sobre cadáveres que se procuraba en los hospitales.

Han llegado hasta nosotros observaciones

que acreditan como siempre la profundidad de su talento.

''Si a alguien le parece que existe un músculo de más en el cuerpo humano—expresaba—que lo quite. Y si le parece que falta alguno, añádalo. Si llega a la convicción de que está todo exacto, rinda antes que nada, gracias al Supremo Hacedor, al Primer Artífice de tan incomparable máquina. Tribute gloria a Dios''.

Leonardo había envejecido mucho. Los años y los pesares iban dejando imborrable huella en su organismo. Sólo el temple de su espíritu continuaba inquebrantable, sin que tampoco decayese su genio.

Milán seguía en poder del rey de Francia, soberano de toda la Lombardía, y Vinci aceptó el ofrecimiento de entrar al servicio de Luis XII.

Había fallecido su padre y tuvo que entablar un pleito con sus hermanos que se negaban a reconocerle una parte en la herencia. El litigio se prolongó mucho, le ocasionó gastos y sinsabores, y al fin se vió precisado a conformarse con lo que quisieron



darle. Una miseria que ni le compensaba los gastos.

Entonces consideróse solo en el mundo ; sin familia, sin amigos sinceros ; pobre, anciano y achacoso.

Se conserva una carta suya, dirigida a Carlos D'Amboise, concebida en los siguientes términos :

"No atreviéndome a molestar a Vuestra Excelencia, me permito preguntar si he de percibir un sueldo. Muchas veces he escrito ya a vuestreza sobre el particular, pero no he obtenido contestación".

Cobraba tarde y mal. Tímido por naturaleza, no se atrevía a insistir, y mientras muchos importunos conseguían pingües beneficios de sinecuras que su porfía les proporcionaba, él vivía poco menos que en la indigencia.

En Roma triunfaban Miguel Angel y Rafael, mientras él se consumía en Milán triste y olvidado.

Cansado de aquella existencia, decidió aprovechar la primera ocasión que se le presentase, para probar fortuna en otro lado.

Llegó por fin la oportunidad deseada, con

motivo del fallecimiento del Papa Julio II y la elevación al trono pontificio de Juan de Médicis, con el nombre de León X.

Este y su hermano Julián, eran sobrinos de Lorenzo el Magnífico, el protector florentino de las Bellas Artes que había recomendado a Leonardo a Luis el Moro al principio de su carrera.

Julián era amante de las ciencias, y quiso entablar relación con Leonardo de Vinci, creyendo que le iniciaría en los abstrusos problemas de la alquimia.

Entablóse entre ambos, si no franca amistad, cordial correspondencia.

Cuando Julián de Médicis sucedió a César Borgia de Gonfaloniero de la Santa Iglesia Romana, instó a Leonardo para que se trasladase a la Ciudad Eterna, ofreciendo recomendarle a su hermano el Sumo Pontífice.

Vinci aceptó, y puso a disposición de Carlos D'Amboise el cargo que tan pocos provechos le reportaba.

En Roma no fué, sin embargo, más afortunado.

El Papa, ocupado en árduas cuestiones,

no pudo dedicarle ni una audiencia, y de otra parte había ya confiado la ejecución de las principales obras artísticas que tenía en proyecto para la Basílica de San Pedro, a Miguel Angel y Rafael.

Leonardo insistió, poniendo de manifiesto en sus súplicas su penuria y sus deseos de ocupar en algo sus conocimientos.

El gran polígrafo pedía trabajo, no ya por la gloria sino para ganar un pedazo de pan.

Le encargaron unas modestas reparaciones en la máquina de acuñar moneda ; salió airoso como siempre, cobró una exigua cantidad, y agotada, volvió la inacción y la miseria. Poco después se puso enfermo. Casi nadie se acercó a su lecho, y no fué a parar al hospital gracias a los buenos sentimientos de algunos ex discípulos que guardaban aún culto al maestro.

Cuando salió a la calle, de todos olvidado, Roma celebraba con entusiasmo el triunfo de Miguel Angel, que acababa de terminar las escenas del techo de la Capilla Sixtina, y glorificaba a Rafael, otro sol de primera magnitud que se elevaba en el horizonte del



arte, mimado por todos, hasta el extremo de que el propio Santo Padre quería casarle con una de sus sobrinas.

Leonardo entendía justificada la fama de los dos, pero le amargaba la ingratitud que todos demostraban hacia su persona.

No obstante, comparaba sus obras con las de aquellos genios. Roma, el mundo entero podía admirar las de Miguel y Rafael de Urbino. En cambio, ¿qué quedaba de las suyas?

El propio retrato de la Gioconda estaba en su mísero aposento, sin que nadie más que él le dirigiera un recuerdo, una mirada.

Julián de Médicis hacía en su favor cuanto le era posible. Mas, ¿qué podía la buena voluntad de un hombre solo, ante la indiferencia general?

Leonardo de Vinci pasaba inadvertido, y mientras otros eran llevados con palmas, él paseaba sus nostalgias, solo, mirado con lástima, por las calles de la Ciudad Eterna.

En ocasiones, alguien de los que bajo capa de falsa compasión buscan zaherir para gozarse en la molestia ajena, le ponderaba

la buena suerte de sus rivales, fingiendo solidarizarse con su pena.

—La paciencia,—decía—, sirve contra la injusticia, lo mismo que el paño para combatir el frío.

Cansado, al fin, de aquella vida imposible, decidió marcharse de Roma, hacia donde considerara que pudiesen soplar mejores aires.

Después de meditarlo muchos días, decidió retornar a Milán.

Precisamente, muerto el rey de Francia Luis XII, le había sucedido Francisco I, que a la sazón se encontraba en Pavía, rodeado de su brillante corte, en fiesta constante. Hacia allí se dirigió en busca de la protección que le negaban sus compatriotas.

Francisco I le recibió amablemente, instándole para que no se marchase de sus Estados. El nuevo monarca sentía gran afición a las Bellas Artes, y quería reunir en su palacio del Louvre los artistas europeos de más renombre.

Había porfiado en vano para atraerse a Miguel Angel y a Rafael, y se consideró

dichoso con la adquisición de Leonardo de Vinci.

Quiso mostrarse tanto o más espléndido que el propio Lorenzo de Médicis en sus tiempos, le cedió el Castillo de Cloux, en Turena, con varios servidores, y le asignó, además, una pensión anual de setecientos escudos.

Leonardo, que a la sazón tenía setenta y cinco años, partió reconocidísimo hacia su nueva residencia.

Por fin lucían algunos rayos de felicidad en el ocaso de su existencia.

\* \* \*

Leonardo se dedicó en Cloux a estudios de ingeniería, planeando proyectos encaminados a poner la Turena en comunicación con Italia por un paso desde las regiones septentrionales hasta el litoral mediterráneo, y otros para la apertura de un canal que uniese el Loire con el Saona.

Francisco I acostumbraba a pasar cortas temporadas en el vecino Castillo de Amboise, acompañado de algunos individuos de su familia y de sus cortesanos más íntimos.

El artista le visitaba, aprovechando la



ocasión para darle a conocer sus proyectos.

De momento los acogió el monarca calurosamente; pero después, debido a su carácter tan fácilmente impresionable como tornadizo, los dió al olvido e hizo pasar con dilatorias a Leonardo.

Completamente desilusionado, éste buscó de nuevo en el arte la manera de disipar su tedio.

Pintó una imagen de San Juan Bautista, en la que la figura del Precursor aparece de medio cuerpo arriba. Con una mano levantada, muestra tres dedos solamente, simbólico signo de la Santísima Trinidad, cuyo misterio había de anunciar el Hijo de Dios a punto de llegar al mundo. Su rostro, de correctísimas líneas, está animado por la enigmática expresión que caracteriza la fisonomía de muchas de las figuras del inmortal artista que culminó en la *Gioconda*. (1)

---

(1) Quien sabe lo que era en el pensamiento del gran artista la «Gioconda»!... No son sólo retratos de la «Gioconda», lo que hace Vinci; coloca su rostro sobre el cuerpo de los San Juanes, de los Bacos, de los efebos bellísimos. ¡Quien sabe si la «Gioconda» era la criatura más vulgar! No hay que fiarse en las expresiones de las caras; a veces sus rasgos sugieren lo que no existe sino en la fantasía exaltada del artista.—CONDESA DE PARDO BAZÁN. • *La Nación*, Septiembre de 1911.

\* \* \*

Transcurrieron algunos años, que fueron para Leonardo los más sosegados de su vida. Sin embargo, agobiado por la edad, acabó por no poder apenas moverse de su habitación. Era aquélla una estancia amplísima, que le servía de estudio y aposento al mismo tiempo. A través de grandes ventanales se contemplaba el magnífico paisaje del valle del Loire.

Frente a su mesa de trabajo, cubierta de bocetos, hojas de herbario y minerales, había un caballete con el retrato de la *Gioconda*.

Una mañana encontrábase enfrascado en el examen de unos fósiles, cuando llamaron discretamente a la puerta.

—Adelante—ordenó.

Entró uno de los servidores, preso de singular emoción.

—¿Qué ocurre?

—Maese, acaba de llegar el Rey, acompañado de unos cortesanos, que vienen a visitaros.

—Allá voy—dijo Leonardo, levantándose trabajosamente.



—¡Ah, Sire!—exclamó Vinci—.





—No es menester, mícer—expresó una voz jovial, desde el dintel.

Efectivamente, era Francisco I, acompañado de algunos caballeros de su confianza.

—¡ Ah, sire!—exclamó Vinci—. No merezco tanto honor.

Y adelantando unos pasos más, hizo ademán de hincar una rodilla ante el monarca.

—Levántate, mi dilecto amigo—dijo el rey, alargándole la diestra.

—Caballeros,—continuó, dirigiéndose a su séquito—, os presento a Leonardo de Vinci, el artista más glorioso de todos los tiempos.

Leonardo inclinó la cabeza modestamente.

—¿ Y qué tal te encuentras?

—Bien, majestad. Gracias a vuestra magnanimidad, ha conseguido, por fin, un ocaso tranquilo este pobre viejo.

—¿ Viejo, dices? Será por los años, pero no por el genio, que en ti está lozano como en tus mejores tiempos.

Vinci sonrió, agradeciendo la gentileza.

—Mas, ¿ qué miro?—exclamó el rey, fijándose en el lienzo de la Gioconda—. Si no me engaño, este es el retrato de la Con-

desa de Spoleto en sus buenos tiempos. ¿Cómo tienes aquí esta obra admirable?

Leonardo sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No, sire, perdonad—exclamó, conteniendo su emoción—. Es el retrato de la esposa de un mercader florentino llamado Francisco del Giocondo, una dama fallecida hace algunos años.

—¡Cosa más rara! Pues te aseguro, Leonardo, que se parece a la condesa de Spoleto, dama de honor de mi hermana la Princesa Margarita, como dos gotas de agua.

El anciano sentía su frente bañada por un sudor frío.

—Déjame admirar esta obra prodigiosa—insistió el Monarca, acercándose más al lienzo—. ¡Qué parecido, Dios santo! ¿Verdad, señores?

Los cortesanos asintieron.

—Pero esta pintura es una maravilla!—volvió a decir Francisco I, entusiasmado como pocas veces en su vida—. Que sigan en Roma Rafael y Miguel Angel, que el rey



de Francia tiene en sus Estados al primer artista del mundo.

—Sire, me hacéis demasiado honor—dijo Leonardo.

—Cállate, querido Vinci. Ya sé que eres muy modesto, pero a mí me toca poner las cosas en su punto.

—Vuestra majestad se empeña en abrumarme con su real gentileza.

—Te compro el lienzo, amigo mío. ¿Cuánto quieres por él?

—No lo pinté para venderlo. Quizá no tiene el mérito que le otorga vuestra majestad—expresó Leonardo, aterrado por la idea de que le obligase el rey a desprenderse de aquel cuadro.

—Conforme que no lo pintases para venderlo, y mucho menos ahora que la interesada no existe. Pero yo me lo quedo para enriquecer con él mi museo, y es justo que te lo pague. Te daré cuatro mil escudos.

—Pero majestad...

—Cinco mil y asunto concluído. Manda por ellos cuando quieras al Castillo de Amboise, y mi tesorero te los hará efectivos.

Mañana enviaré por el cuadro y no hay más que hablar. Trato cerrado.

—¡ Oh, sire !

—No podrá quejarse tu obra cumbre, porque le daré alojamiento en la más hermosa de las cámaras del Louvre.

El artista no osó insistir más y se calló, anonadado.

Poco después se despedían el rey y sus acompañantes.

Cuando Leonardo quedó solo, dejóse caer en un sillón y hundió el rostro entre sus manos.

—No, no puede ser—murmuró—. Yo no puedo desprenderme de este recuerdo, de esta imagen que hace revivir en mi espíritu las más bellas ilusiones y mis esperanzas más puras.

Permaneció unos momentos absorto, abismado en encontrados pensamientos.

—¡ Otra vez la condesa de Spoleto !—continuó—. ¿Quién será esa dama? ¿Florinda? ¿Es posible un parecido semejante con Mona Lisa? ¿A quién ayudé a salvar aquella mañana? ¡Qué existencia la mía! Con el honor de una visita augusta que me

indemniza de todos los sinsabores que he sufrido, llega otra vez para mi la punzante intranquilidad del misterio que no consigo desentrañar, y el duro trance de que me arrebatan el lienzo.

Quedó cabizbajo, sumido en preocupaciones, y su imaginación rememoraba el dilatado curso de su vida entera.

Asomóse a la ventana para orear su frente ; saturada su cabeza de angustiosos pensamientos y de punzantes congojas su corazón.

Como hoja seca a merced del viento toda la vida, hojas secas volanderas eran asimismo sus ilusiones y esperanzas. Llegó a recordar con amarga fruición los días de su estancia en Roma.

Ciertamente, había llegado a padecer miseria ; pero de todos ignorado, no le comunicaban intrigadoras noticias ni pretendían arrebatarse lo que más quería.

Mientras tanto seguía en el ventanal, cual si de las cerúleas esferas en que se extraviaban sus miradas pudiese surgir algún mágico recurso.

Era noche cerrada. Las lejanas cordilleras dibujaban sus líneas sinuosas, de un



azulado gris; serpenteaba el Loire, como bruñida cinta de plata, hasta perderse en los lejanos recodos del valle; en la cúspide de una estribación brillaban como fraguas medio apagadas los rojos ventanales del Castillo de Amboise.

Mirólos larguísimo rato. Después retiró la vista, ladeóse y fijó sus ojos en el cuadro de la Gioconda.

De pronto pareció decidirse a algo inmediato. Acercóse a su mesa de trabajo y golpeó una campanilla de plata con un martillito del mismo metal.

Entró uno de los servidores.

—Búscame la hopalanda,—le dijo—, y abrígate tú también. Vamos a salir.

—¿Ahora de noche, maese?—atrevióse a decirle el doméstico, haciéndole presente así indirectamente, sus achaques y el riesgo de enfermar.

—Es preciso. Sólo el Señor es quien dispone de la salud y de la muerte, y El puede amparar a un viejo en sus imprudencias. Obedece, hijo mío.

Poco después encaminábanse ambos al

Castillo de Amboise, donde se hospedaba Francisco I con su corte.

Dióse a conocer y no le pusieron obstáculos para entrar en la fortaleza.

A un palaciego que vino a su encuentro le pidió encarecidamente ver al Rey.

—Está ahora jugando al ajedrez, y no sé si querrá interrumpir su diversión favorita—dijo el gentilhomme—. Pero descuidad, míser, le trasladaré vuestro ruego.

Salió el caballero de la estancia, para volver transcurrido un rato.

—Tomaos la molestia de seguirme—expresó—. Su Majestad accede a recibiros.

Acompañóle a un saloncito y le invitó a sentarse.

Después de una espera bastante larga, entró el Monarca en la habitación.

Leonardo hizo ademán de hincar la rodilla, según era de ritual.

—Siéntate—le dijo Francisco—. Aquí, a mi lado. ¿Qué te pasa? ¿En qué puedo servirte?

—¡Ah, sire! Esta mañana no me atreví a contradeciros delante de los cortesanos, cuando habéis expresado vuestra real re-

solución de llevaros el retrato de la *Gioconda*...

—¿Te desdices del trato, querido Leonardo?

—No, sire.

—¿Entonces?

—Todo lo mío pertenece a Vuestra Majestad, hasta mi triste persona si os dignáis disponer de ella. Pero no me dejéis sin aquel lienzo que me recuerda mis más puras ilusiones y un afecto inmaculado. Os aseguro, os lo juro, que tan pronto como se cierren mis ojos para siempre, que no puede tardar, lo poseeréis sin que os cueste un escudo, porque con toda mi buena voluntad así lo dispondré en mi testamento.

—¿No quieres que posea ahora tu obra maestra? ¿Supones acaso que no la trataré como merece?

—Dios me libre de pensar cosa semejante. Todo lo contrario. Pero no me dejéis solo en los últimos días de mi vida; ya veis, señor, soy un pobre viejecito. Y aquella imagen me recuerda mi juventud, mis anhelos de gloria, unas esperanzas tanto más queridas por cuanto no conseguí realizarlas,



—Bien, bien, querido maese. No te aflijas, que ya sabes que sólo quiero complacerte. Vuelve a tu casa sin cuidado, que no he de arrebatarte tu *Gioconda*. Tranquilízate y no te olvides por esto de mandar mañana por tus cinco mil escudos. No deseo sino que tarde todavía muchos años en venir a mi poder.

—Gracias, sire, gracias con toda mi alma.

El rey le alargó la diestra y Leonardo la besó con transporte.

—Sólo siento que ofrecí mostrárselo a la condesa de Spoleto—terminó el monarca—. En fin, si quiere verlo que se tome la molestia de dar un paseo hasta tu casa.

Leonardo salió del castillo con el cielo en el alma.

Nunca se quieren tanto las personas y las cosas como cuando se han recobrado después de haber estado a punto de perderlas.

\* \* \*

A la mañana siguiente se encontraba Leonardo en su cuarto de trabajo, cuando le anunciaron la visita de dos damas de la corte.

Dióle un vuelco el corazón y salió al encuentro de las visitantes.

Al verlas sintió la emoción más intensa de su vida.

Una era la princesa Margarita, hermana de Francisco I. La conocía de haberla visto en Milán. La otra era Florinda.

Esta vez era verdaderamente ella. La reconoció al instante, a pesar de los años transcurridos.

—Mícer Leonardo—dijo la princesa—, perdonad que vengamos a interrumpir vuestras ocupaciones.

—Bienvenidas, nobilísimas damas, y me siento justamente orgulloso del honor que V. A. se digna concederme.

—Mi hermano el rey ha despertado la curiosidad de la señora condesa de Spoleto, a la que tengo el gusto de presentaros, con motivo del retrato de la *Gioconda*, y nos hemos decidido a venir para que nos lo mostreis.

—Dignaos pasar, madonas—dijo Vinci.

Acompañólas a su aposento y descubrió el lienzo.

Al ver el retrato, no pudieron reprimir una exclamación de asombro.

—Pero esta imagen no es la de Mona Lisa—dijo la Princesa—, sino la de la Condesa aquí presente.

—Efectivamente—respondió Leonardo—, y si os dignáis tomar asiento y escucharme, os pondré en antecedentes.

Había decidido jugar el todo por el todo, aprovechando la ocasión, por si le era posible desentrañar de una vez el enigma.

—Tuve el honor de conocer a la señora condesa—comenzó Vinci—, cuando era casi una niña, en la villa que poseía a la sazón en mi aldea natal el mercader Rucellai, cierto verano que con sus tutores fué a pasar allí las vacaciones. Juzgad si hablo de tiempo.

—Es cierto—contestó la anciana.

—Sus facciones quedaron tan grabadas en mi memoria, que me inspiraron mis principales producciones.

La dama sonrió, y en aquel rostro arrugado apareció por un instante levísimo un reflejo de la expresión de cuando sólo contaba quince años.



—En cierta ocasión — continuó Leonardo—, un agregado al séquito de S. M. Luis XII, llamado Alejandro Della Chiesa, me reveló que Florinda había fallecido de una manera misteriosa, y en el transcurso del tiempo se han sumado a esta versión enigmas sobre enigmas.

Entonces hizo una relación detallada de cuanto le había ocurrido desde que prestara su colaboración a Maquiavelo hasta la última referencia de Francisco I la noche anterior.

—Pues voy a desintrigaros, maese Leonardo, aunque no sea más que en premio de haber reconocido en esta viejecita a la hermosa Florinda de otros tiempos.

—Podía olvidaros, cuando la pura imagen de aquella doncellita me sirvió de constante inspiración, y mis ojos de artista perciben aún a través de los vuestros la misma expresión de cierta noche, cuando abstraída escuchando narraciones en el jardín, yo os contemplaba extático a través de unas frondas? No, condesa, esas cosas no se olvidan ni cuando los años cubren de nieve nuestras cabezas.



—Os escucho con la atención...





—Por mi fe que no atino a qué podéis referiros. Mas os doy las gracias por la constancia en el recuerdo.

—Fuisteis, en realidad, una hermosísima dama, querida condesa—arguyó la Princesa Margarita—. En prueba de ello, mi hermano el rey, recordó inmediatamente en la imagen de este lienzo imponderable a la bellísima matrona que llegó hace años a ampararse en nuestra corte para huir de los puñales que la amenazaaban en su patria.

—Ciertamente —expresó la Condesa—. Y como el buen Leonardo está pendiente de mis labios aguardando que le dé la solución de esos enigmas, voy a complacerle.

—Mil gracias, señora. Os escucho con la atención más fervorosa.

—Soy, efectivamente, Florinda, la pupila de los señores de Imola. Cuando tuve veinticinco años, conocí al Conde Geromo de Spoleto, nos amamos y juramos ser el uno para el otro. Sin embargo, existía entre su familia y la mía un odio de raza tal como sólo se conocen en Italia. Yo poseía mis bienes por legado de un hermano de mi padre que me había impuesto la condición de no ca-

sarme con nadie de la aborrecida familia, bajo pena de que pasaran a otros parientes. Para evitarlo, fingimos de acuerdo con mis tutores una desaparición misteriosa, dejaron de pagarse al Estado los tributos de mis fincas, y aquéllos demostraron ilusorios préstamos que les hacían dueños de mi fortuna. Les fueron otorgadas mis haciendas y se las apropiaron. Después las vendieron, secretamente me remitieron el importe y todo se salvó. Este fué el motivo de la indignación de Della Chiesa, que ignoraba en absoluto esta artimaña para poder casarme sin quedar desheredada.

—Comprendo—dijo Leonardo.

—Vivíamos con mi marido dichosos en Spoleto, cuando supimos que César Borgia avanzaba en sus conquistas, decidido a expoliar a todos los señores de la Romagna. Mi esposo tramó una conspiración para oponerse a las exacciones, y un día aciago tuve noticia de su defunción. Quién me dijo que se había suicidado; otros, que le habían envenenado; otros, en fin, que había fallecido de una apoplejía fulminante. Nada en claro conseguí averiguar, puesto que ocu-

rrió la muerte en un castillo a muchas leguas del nuestro, donde funcionaba el foco de la conjuración.

—Seguid, seguid, señora—continuó Leonardo, anhelante.

—César Borgia, al conocer la muerte de mi esposo, decidió secuestrarme, y no entro en más detalles porque vos fuisteis de los que cooperasteis a salvarme. Me amparé en Florencia, en casa de Lisa Gerhardini, prima mía, que a pesar de nuestro lejano parentesco tenía, como os consta, un parecido asombroso conmigo. Les puse al corriente de todo, y les revelé que a raíz de la muerte de mi esposo había hecho sacar del castillo unas cajas llenas de joyas y oro acuñado, para librarlas de la codicia de César Borgia. Dos de mis más fieles servidores se cuidaron de esconder el tesoro en las ruinas de unas termas, junto a un balneario edificado muy posteriormente. Era indispensable llevar las cajas a Florencia, y para conseguirlo proyectamos que Lisa fingiese una dolencia que le hiciese preciso tomar los baños de aquel establecimiento.

—Comprendo. ¿Y por qué Mona Lisa



precisamente, y no su esposo o alguno de los hombres de su absoluta confianza?

—Porque habrían infundido sospechas. Salió Lisa de Florencia, acompañada de camareras y hombres de escolta, con dos calesas, en las que conducían, además, los equipajes. Los caleseros eran precisamente los criados adictos que habían escondido las cajas, uno de los cuales me había librado con vos y Maquiavelo del secuestro. Llegaron al balneario, una noche exhumaron el tesoro, lo mezclaron con las cajas de los equipajes, y pocos días después regresaron sin percance alguno.

—Ahora comprendo el motivo de que Soderini asegurara que Lisa había estado en la Romaña a la sazón.

—Entonces procuré salir de Italia, donde no me consideraba segura, y por mediación de los amigos de mi difunto esposo, que gozaban de gran predicamento con el Rey de Francia, me admitieron en la corte del Louvre. Me llamo Florinda Rosa, cambié mi primer nombre por el segundo, y ya tenéis explicada toda la trama del misterio.

—¿Estáis desintrigado, Leonardo?—preguntó la Princesa Margarita.

—Completamente.

—Sólo me resta daros las gracias—dijo la Condesa—, por el señalado servicio que allá en Italia me prestasteis y felicitaros por este admirable retrato de Mona Lisa, que, según se ha dignado decirme S. M., está destinado a enriquecer los museos de Francia.

Poco después las dos damas se despidieron.

Cuando Leonardo quedó solo, sentóse meditabundo.

—¡Dios mío!—exclamó—. Ahora que lo sé todo, me siento con el corazón frío como nunca. ¿Por qué no tenemos más que una juventud?

\* \* \*

El pobre anciano fué agotándose lentamente.

Una noche sufrió un amago de parálisis. Cuando se levantó después de unos días de guardar cama, estaba impedido del lado derecho.

Renunció a todo trabajo. Pasábase días enteros junto a la ventana, contemplando el

valle del Loire, dorado por el sol de primavera.

Quizá rememoraba una tarde, hacía sesenta años, cuando desde las alturas de Vinci, con el corazón palpitante miraba partir a Florinda...

\* \* \*

A fines de abril se sintió tan agotado, que quiso recibir los auxilios espirituales. Encamóse para no levantarse más. Hizo cubrir el lienzo de la Gioconda y colgar encima una imagen de Jesús Crucificado.

Dos días después perdió el uso de la palabra, y sus ojos, en los que parecía haberse condensado toda la vida de aquel encanijado cuerpo, no se apartaban del sagrado símbolo.

Al amanecer del día dos de mayo de 1511 entregó su alma a Dios, apaciblemente, como una lamparilla que se acaba por falta de aceite.

Cuando murió sólo había junto al lecho los servidores de la casa y el fraile que le había administrado los Santos Sacramentos.

Tres días después le dieron sepultura en el jardín de la Iglesia de San Florentino, de la pequeña ciudad de Amboise.



Hoy se ignora en absoluto el sitio exacto donde fué enterrado Leonardo de Vinci.

Desapareció la losa, borróse todo vestigio de la tumba, y los restos se mezclaron con la tierra.

Así vivió y así murió aquel hombre entendido en artes y en ciencias ; aquel mago de los pinceles ; el creador del Cenáculo y la Gioconda ; el precursor de todos los grandes inventos que son galas de la cultura y civilización presentes.

Su nombre, nimbado de gloria, perdurará siempre entre los más preclaros que puede ostentar la humanidad.

Fué bueno, fué humilde, fué sabio. Cuando sus conciudadanos desvariaban, él les demostró sus desvaríos y sentó bases científicas ; cuando los grandes hombres de arte ensalzaban paganas imágenes, él pintó el Cenáculo ; cuando la licencia pareció haberse apoderado de la expresión de la belleza, legó al mundo la casta sonrisa de la Gioconda. Trabajó siempre ; vivió honestamente ; murió como cristiano.



